

EDMUNDO ALVARADO

EL ARTE Y EL HOMBRE

y otros ensayos

UANA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Departamento de Extensión Universitaria

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Monterrey, 1961

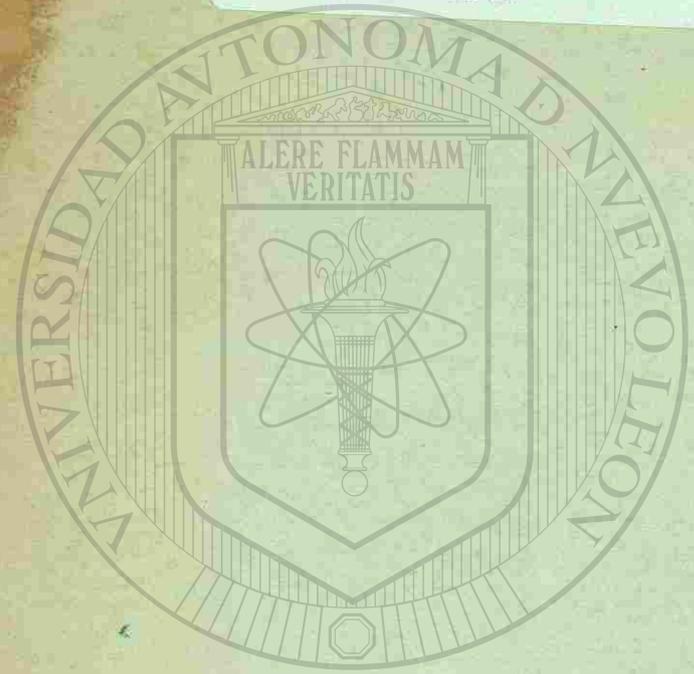
7297

189

3

ALD

7297
889
3



UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

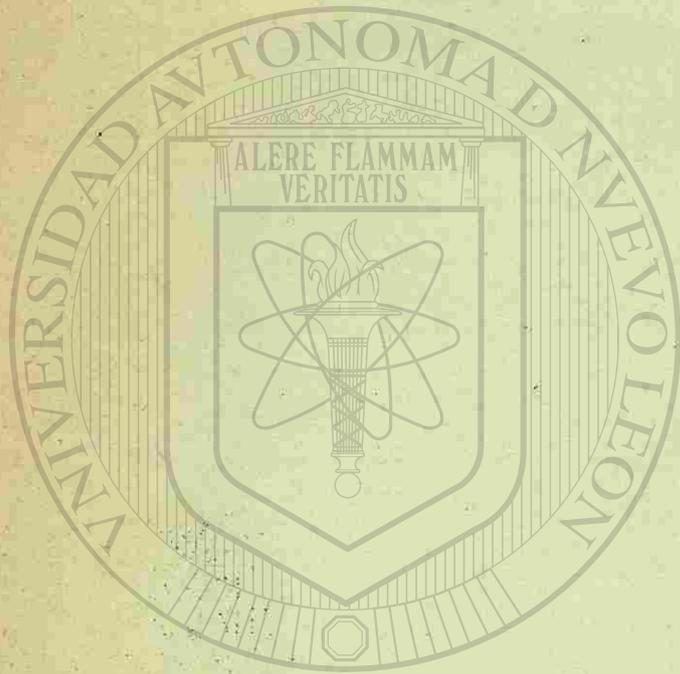
EL ARTE Y EL TIEMPO

Departamento de Biblioteca y Archivos
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
Monterrey, N.L.

EDMUNDO ALVARADO

EL ARTE Y EL HOMBRE

y otros ensayos



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Departamento de Extensión Universitaria

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Monterrey, 1961

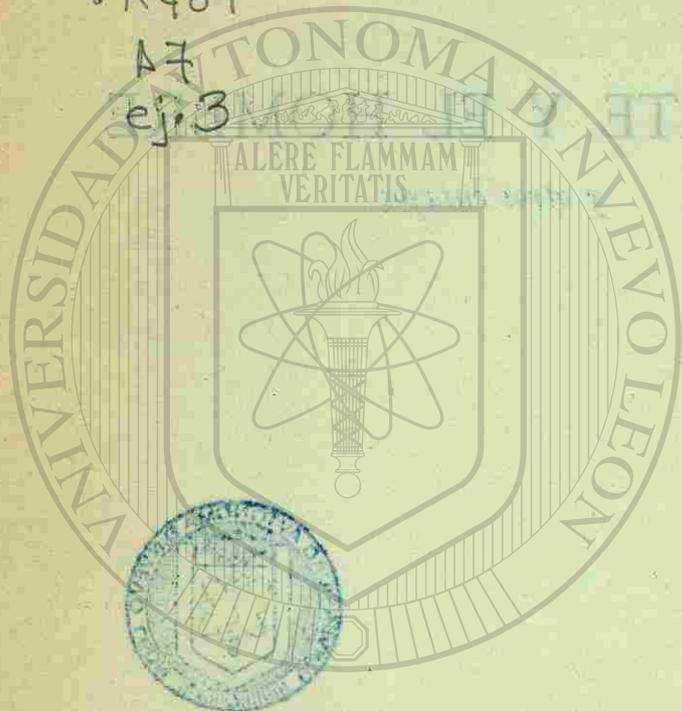
NL
864
A

PQ 7297

. A489

A7

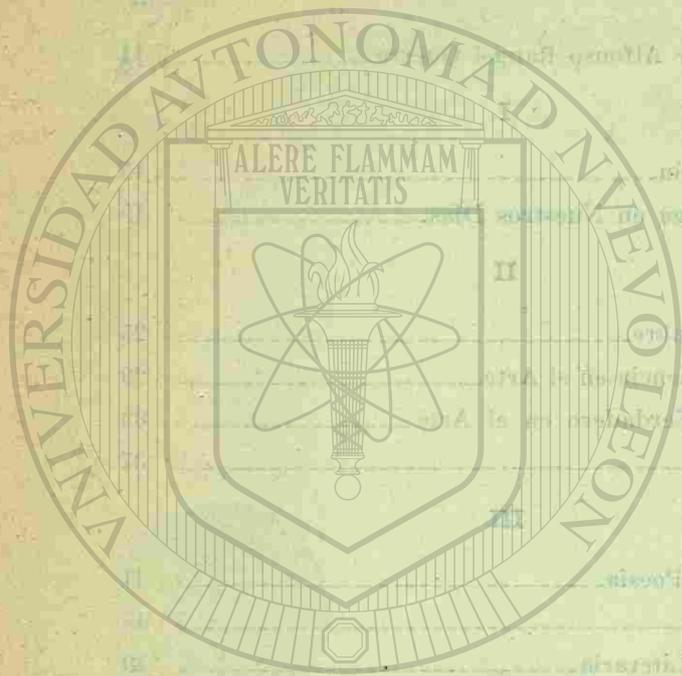
ej. 3



FONDO UNIVERSITARIO

SUMARIO

	Pág.
Presentación , por Alfonso Rangel Guerra.....	11
I	
Sócrates y Platón.....	15
La Cultura Griega en Nuestros Días.....	19
II	
El Arte y el Hombre.....	25
Realidad y Apariencia en el Arte.....	29
Lo Falso y lo Verdadero en el Arte.....	33
El Cine	37
III	
La Palabra y la Poesía.....	41
Paue Valéry	45
Sobre la Teoría Literaria.....	49
Vida y Novela, dos Formas de Verdad.....	51
IV	
Teoría de la Universidad.....	57
Justo Sierra y el Pensamiento Mexicano.....	61
La Crítica de la Revolución Mexicana.....	65
Discurso en el Segundo Aniversario de la Muerte de Angel Martínez Villarreal	69
Gerardo Cuéllar, Edmundo Debiera estar aquí , Respirando	71



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

PRESENTACION

ALFONSO RANGEL GUERRA

LOS ENSAYOS y escritos que aquí se publican aparecieron originalmente entre los años de 1944 y 1948, en el Boletín Mensual "Armas y Letras" de la Universidad de Nuevo León, ahora convertido en revista trimestral. Su autor, Edmundo Alvarado, formó parte del grupo de colaboradores del Boletín, animadores del Departamento de Acción Social Universitaria, de la Revista "Universidad" y de las primeras conferencias de profesores huéspedes que después darían vida a la Escuela de Verano.

Estos textos, limitados a veces por la brevedad del espacio periodístico, o escritos de prisa, recogen algunos de los problemas que siempre interesaron a su autor, atento a todas las expresiones del pensamiento, pero inclinado al estudio de la filosofía griega, de la estética y de la teoría literaria. Más que una obra terminada, lo que ahora se reúne es un conjunto de apuntes para una obra futura, que la muerte impidió realizar. Pero no obstante, aunque en estos escritos se puede percibir la condición periodística en que nacieron, se deja

ver también con claridad que en ellos se iban depositando los frutos de insistentes lecturas y la nota diaria de un pensamiento ágil e inquieto; en una palabra, el balance previo para esa obra futura que desgraciadamente no pudo cumplirse.

Se ha alterado el orden de las publicaciones originales, atendiendo al contenido de los escritos. Así el primer apartado incluye dos trabajos sobre filosofía griega; el segundo, cuatro ensayos sobre arte; el tercero comprende también cuatro ensayos en torno a los problemas de la teoría literaria, y el último recoge escritos sobre temas mexicanos. Al final de cada uno de ellos se señala año y número de ejemplar, con la fecha correspondiente.

El texto final, titulado "Edmundo debiera estar aquí, respirando...", es de Gerardo Cuéllar. Fué publicado hace algún tiempo en el semanario "Vida Universitaria", y se incluye para cerrar estas páginas que se dedican como un pequeño homenaje a Edmundo Alvarado, al cumplirse doce años de su fallecimiento.

Monterrey, N. L., mayo de 1961

I

SOCRATES Y PLATON

LA CULTURA GRIEGA EN NUESTROS DIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ver también con claridad que en ellos se iban depositando los frutos de insistentes lecturas y la nota diaria de un pensamiento ágil e inquieto; en una palabra, el balance previo para esa obra futura que desgraciadamente no pudo cumplirse.

Se ha alterado el orden de las publicaciones originales, atendiendo al contenido de los escritos. Así el primer apartado incluye dos trabajos sobre filosofía griega; el segundo, cuatro ensayos sobre arte; el tercero comprende también cuatro ensayos en torno a los problemas de la teoría literaria, y el último recoge escritos sobre temas mexicanos. Al final de cada uno de ellos se señala año y número de ejemplar, con la fecha correspondiente.

El texto final, titulado "Edmundo debiera estar aquí, respirando...", es de Gerardo Cuéllar. Fué publicado hace algún tiempo en el semanario "Vida Universitaria", y se incluye para cerrar estas páginas que se dedican como un pequeño homenaje a Edmundo Alvarado, al cumplirse doce años de su fallecimiento.

Monterrey, N. L., mayo de 1961

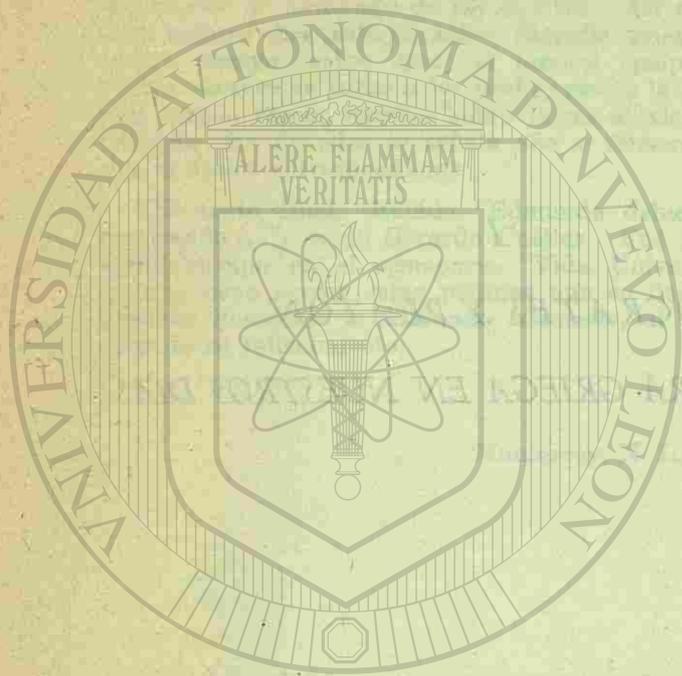
I

SOCRATES Y PLATON

LA CULTURA GRIEGA EN NUESTROS DIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

SOCRATES Y PLATON

EXISTEN, en el estudio de la Filosofía Griega, dos épocas perfectamente determinadas en cuanto a su propósito. Ambas, como veremos, significan el conocimiento del mundo divino en dos aspectos: El conocimiento del mundo dividido en dos aspectos: El conocimiento del mundo material y el del universo moral. La primera corresponde a los filósofos presocráticos y la segunda a los grandes desarrollos filosóficos iniciados por Sócrates. La característica de los presocráticos es la inquietud por el conocimiento de los elementos de la materia y de la ley que gobierna el devenir material del mundo. Conocidas son ya las hipótesis de la formación de la materia, en los que siempre se incluye un elemento primordial que a veces es el fuego y a veces el agua. Finalmente Heráclito completa la incipiente cosmogonía antigua con el conocimiento de los principios que rigen la evolución y el cambio de la materia. En Heráclito y Demócrito se inician las dialécticas.

Una crisis parece observarse después de estos filósofos con la aparición de los sofistas, que a manera de los retóricos posteriores, hacían y deshacían las doctrinas de los antiguos más como alarde oratorio que como crítica doctrinal. El fin de esta crisis lo marca Sócrates.

Hasta él nadie se había preocupado del universo moral. Satisfecha la inquietud del conocimiento de la naturaleza, con una doctrina que llenaba su inquietud sobre la explicación de los fenómenos naturales, hecha por toda la antigüedad,

los griegos daban por completo su ciclo del conocimiento de los problemas del mundo.

Sócrates, al revés de los antiguos, dedicó toda su vida a los problemas del espíritu. Partiendo de aquella inscripción del oráculo de Delfos: Conócete a ti mismo, inició el estudio del conocimiento del hombre. De la misma manera que lo había de hacer San Agustín siglos más tarde, Sócrates sostenía que el único indicio hacia la verdad lo constituía la misma persona que se inquietaba por ella. Propiamente Sócrates no tuvo ninguna doctrina particular fuera de que nacía de este principio. Su gran mérito en la Filosofía consistió en el descubrimiento de los procedimientos y métodos del conocimiento. Para llegar al conocimiento de una cosa, decía, hay que hacerse una idea general, hay que conocer las características de su esencia. La mayéutica bien puede ser el primer método crítico del conocimiento. Partiendo del conocimiento superficial, llegaba Sócrates hasta el deslinde más claro de la esencia de las cosas mediante la superación de su sempiterna pregunta.

Difícil es, en verdad, conocer la pureza de su filosofía. Si sus discípulos hubiesen sido solamente ingeniosos en vez de geniales conoceríamos mejor a Sócrates, pues sólo al través de ellos lo conocemos. Jenofonte no poseía una inteligencia filosófica y el relato que hace de la vida del maestro tiene un valor histórico solamente, en cambio Platón deformaba con su genio la doctrina del maestro. Los investigadores de la Filosofía han llegado a distinguir en la obra de Platón una parte que consideran como la ortodoxia de la filosofía socrática; sin embargo no es posible considerarla así de un modo absoluto. Puede afirmarse que de Sócrates se conoce lo que de él dijeron los demás. Si su doctrina no fuera de por sí decisiva en el conocimiento de los problemas del hombre, lo sería por el afecto y la fidelidad que a ella dedicaron sus discípulos. Nunca han faltado tratadistas e historiadores de la Filosofía que hayan dicho que Platón, a la vez que fué el mejor, fué el más infiel de sus discípulos. Pero es imposible comprender de qué manera, sin la doctrina de Sócrates, sería posible la filosofía platónica. Sócrates es en Platón el mejor supuesto de su magistral desarrollo.

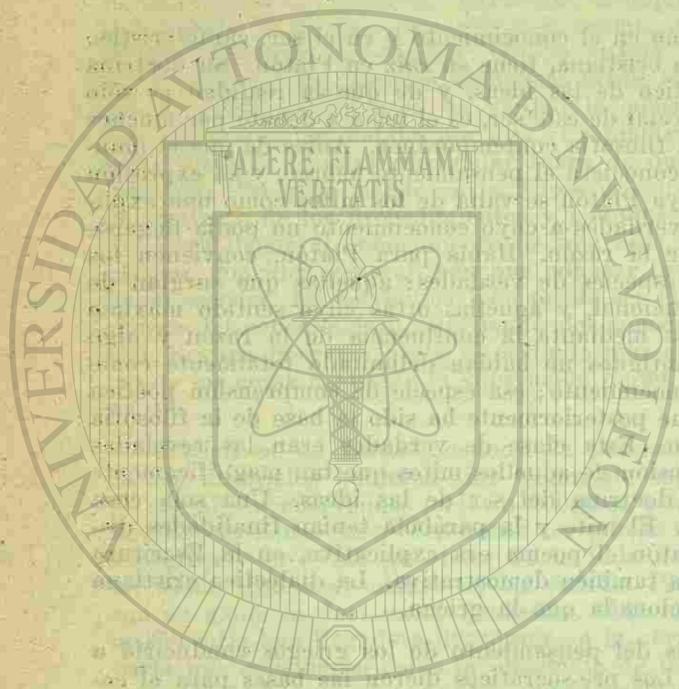
Sócrates, como se ve, causó en la Filosofía el gran viraje que va de la preocupación por los problemas del cosmos, a la preocupación por los problemas del hombre. Platón fué el encargado de llevar al hombre descubierto por Sócrates otra vez al conocimiento total de los principios que rigen el universo, solamente que la vuelta conducía ya al conocimiento

integral y constituyó la primera doctrina filosófica completa. En Platón se encuentran ya todas las inquietudes posteriores de los filósofos, se encuentra también ya sentido político en la Filosofía.

El dualismo en el conocimiento y en el ser, característico de la Filosofía cristiana, tiene su raíz en Platón. Su doctrina del ser auténtico de las ideas, y de que la realidad es sólo un reflejo especial de este ser, es el tema a debate por muchos siglos hasta la filosofía contemporánea. Antes de que el mundo occidental conociera el pensamiento hebreo, y su expresión en parábolas, ya Platón se valía de los mitos como una explicación de las verdades a cuyo conocimiento no podía llegarse totalmente por la razón. Había para Platón, convienen los filósofos, dos especies de verdades: aquellas que surgían de la búsqueda racional, y aquellas otras cuyo sentido máximo sólo se lograba mediante la confluencia de la razón y algo más que los antiguos no habían delimitado totalmente como método del conocimiento; esa especie de comprensión poética de las cosas que posteriormente ha sido la base de la filosofía de la intuición. Esta clase de verdades eran las reveladas por la comprensión de aquellos mitos que tan magníficamente explicaban la doctrina del ser de las ideas. Una sola cosa hay que decir. El mito y la parábola tenían finalidades distintas. En Platón el poema era explicativo, en la Escritura la parábola era también demostrativa. La dialéctica cristiana era más evolucionada que la griega.

Un análisis del pensamiento de los griegos conduciría a este resumen: Los pre-socráticos dieron las bases para el conocimiento del cosmos y de sus leyes. Sócrates descubrió la realidad del hombre como hombre y Platón logró el conocimiento integral del Universo y halló el camino que por mucho tiempo todavía debe seguir la inquietud filosófica. ¿Han hecho los otros pueblos, de todos los tiempos, algo semejante a lo que hicieron los griegos? Sólo una respuesta puede encontrarse que, si no es respuesta para la pregunta, si es disculpa para la inteligencia posterior de la humanidad: Fueron los primeros. Por eso quien se interesa por el conocimiento de la humanidad, si no parte de ellos, tendrá que detenerse en ellos o un momento, o toda la vida.

Año III - Núm. 12, Diciembre 31 de 1946.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

LA CULTURA GRIEGA EN NUESTROS DIAS

EXISTE un hecho en el pensamiento de la humanidad que los estudiosos de la Filosofía de la Historia han observado ya, y cuya regularidad va estableciendo ya una norma en la vida universal. Cada vez que la magnitud de un conflicto revuelve lo humano desequilibrando los valores establecidos, una misma inquietud conmueve el pensamiento de los pueblos. De la misma manera que al final de la Edad Media la humanidad fué conducida a la antigüedad en la búsqueda de la certidumbre más firme, en nuestro tiempo es posible observar el mismo fenómeno.

No es casual que las dos épocas señaladas signifiquen una crisis grave de los valores humanos; una crisis característica de un cambio de rumbo en el pensamiento de los hombres. Aunque las causas determinantes de estos hechos no sean sino remotamente parecidas, el fenómeno es evidente. Igual que como en los casos señalados debió haberse presentado por primera vez a la conciencia de quienes tuvieron la primera visión más o menos completa del universo, de la naturaleza y del hombre; sólo que en esta vez el pensamiento fué creador en el sentido de que antes de él nada había de cierto en la conciencia de la humanidad y la fe del hombre se encontraba a merced de las circunstancias. Esta primera iluminación de la conciencia produjo la Cultura Griega. Para el pensamiento occidental la historia nace allí.

Entonces el hombre tuvo que comenzar por el principio, tuvo que aprender a pensar y a observar el mundo sin el menor

indicio de certeza. No en vano ha dicho Jaeger que los griegos han educado a la humanidad. Ellos descubrieron los fundamentos de la ciencia, practicaron las artes y ejercitaron el pensamiento como ningún pueblo lo ha logrado hasta nuestros días; pero lo maravilloso de su obra no consistió en la experiencia científica, sino en el pensamiento que ésta fue capaz de producir. No sólo descubrieron el mundo e investigaron su pasado, sino que pusieron al hombre, para siempre, en la inquietud de conocer el principio.

Al final de la Edad Media y en nuestros días el panorama es distinto. El hombre puede referir su pensamiento a la experiencia del pasado, como lo hizo el hombre del Renacimiento, pero entonces, como ahora, no fué el afán de la simple curiosidad científica o histórica la causa determinante de este hecho. Las épocas tienen alguna similitud y una gran diferencia. La humanidad afronta una grave crisis. Los valores en que fincaba el pensamiento ya no son suficientes, las creencias palidecen y el temor domina la conciencia planteándole la gran interrogante del futuro. Cualquier referencia inmediata deja de tener valor y entonces la conciencia humana no tiene más que volver al principio, a construir de nuevo.

En el Renacimiento fueron los descubrimientos de las tierras nuevas de la antigüedad y de su espíritu, los que determinaron el viraje, los que decidieron el camino.

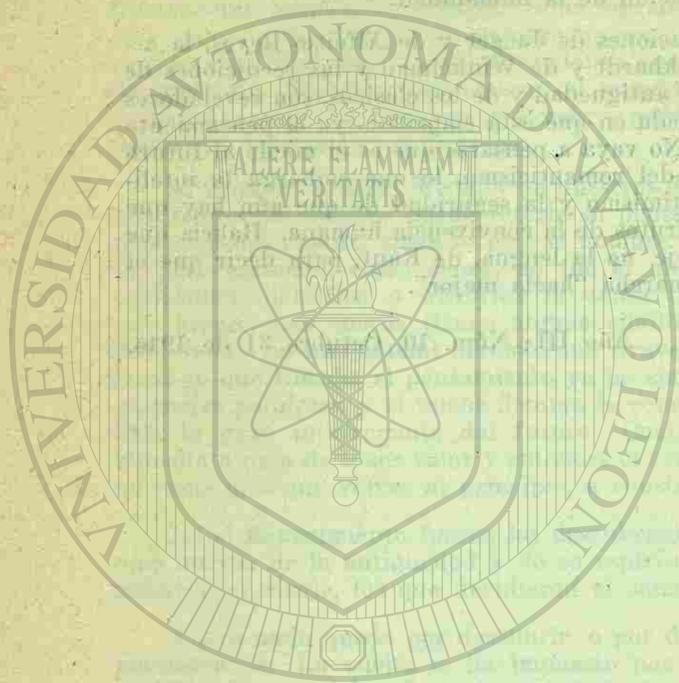
Ahora nada queda por descubrir, o por desenterrar, ni es necesario ya. La vuelta se ha impuesto por la propia experiencia. El propósito de la humanidad no es retroceder en derrota, sino volver a encontrar el camino, devolverse hasta el principio y volver a recorrer lo andado hasta el lugar en que se perdió. Todas las crisis traen consigo una revisión de los valores y eso es lo que comienza a hacerse después de que la guerra lo revolvió todo, hasta la dignidad humana. Esa es la explicación de los estudios de la antigüedad clásica que vuelven a ser actuales. No es por mera coincidencia que los filósofos, los políticos y los artistas se hayan puesto a revisar la experiencia del pasado. Es más bien el afán de encontrar nuevos propósitos, nuevos valores y nuevos móviles para la vocación del hombre.

Es indudable que esta crisis va a resolverse en una etapa nueva, mejor que la anterior, con mejores prevenciones para los males de la convivencia humana, y con un conocimiento insospechado y utilísimo del mecanismo de los hechos sociales; pero no puede dudarse tampoco de que gran parte tendrá en ello el conocimiento de la Historia y de la Filosofía antiguas.

Los griegos fueron los autores del pensamiento político. Ellos conocieron la Filosofía de la Historia no como una especulación convencional de los hechos, sino como lección de la Historia e interpretación de la humanidad.

Las investigaciones de Jaeger y de Alfonso Reyes, la actualidad de Burckhardt y de Winkelmann y las reediciones de los estudios de la antigüedad y de los clásicos, son reveladores de la gran búsqueda en que está empeñado ya el pensamiento contemporáneo. No vaya a pensarse que es el miedo al futuro o la resignación del romanticismo, lo que embarga la inteligencia. Es el optimismo y la seguridad de que aún hay que esperar mejores frutos de la convivencia humana. Habría que utilizar el lenguaje, no la lengua, de Kant, para decir que el mundo siempre marcha "hacia mejor".

Año III; Núm. 10, Octubre 31 de 1946.

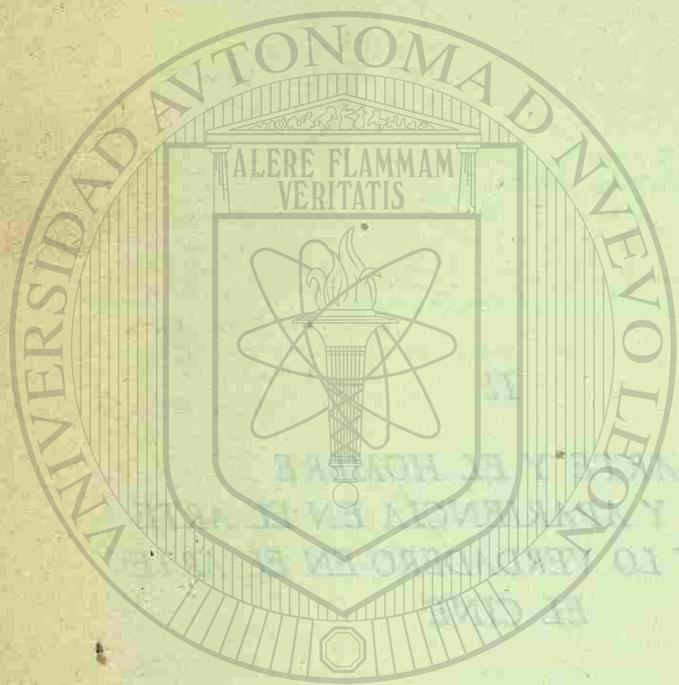


II

*EL ARTE Y EL HOMBRE
REALIDAD Y APARIENCIA EN EL ARTE
LO FALSO Y LO VERDADERO EN EL ARTE
EL CINE*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

EL ARTE Y EL HOMBRE

UNO de los fenómenos que encuentra a su paso el estudioso de las cuestiones estéticas es el que se refiere a las diversas maneras que el Arte tiene para producirse. Suele hablarse con frecuencia de los géneros artísticos producto de estas especiales formas en que se vierte la capacidad creadora del hombre, y suelen ser, también, estos géneros, objeto de una confusión que oscurece el conocimiento de sus orígenes y de sus causas.

Los tratadistas de la Literatura, por ejemplo, acostumbra atribuir su existencia a razones didácticas de clasificación, y suelen definirlos así: lírico es aquel género literario en el que el autor se vierte atendido al paisaje que le ofrece su propia humanidad; épico es el género en que el autor refiere situaciones ajenas a su personalidad, y dramático, aquel otro que se refiere en abstracto a los problemas fundamentales de la vida.

En realidad los géneros son mucho más que una simple división de carácter didáctico, o que una fácil diferencia entre lo subjetivo y lo objetivo. La explicación de sus orígenes enlaza de manera importante con el desarrollo y evolución de la vida humana. Su raíz se encuentra en la evolución de los períodos más importantes de la vida social. Si examináramos las obras literarias de los períodos históricos más antiguos, encontraríamos que la producción artística es uniforme, que no existen los géneros, y que las obras pueden considerarse dentro de lo que hoy se conoce como el género épico. Observando, en cambio, la producción artística de los períodos más evolucionados de la vida social, encontramos en ellos formas heterogéneas del arte en sus diversos campos, que no corresponden a una concepción uniforme.

Este fenómeno de la multiplicidad de las concepciones artísticas, es el que ha dado lugar al problema de los géneros. El fenómeno ha sido explicado de muy diversas maneras. Hay quienes lo atribuyen a la simple evolución de la vida social y a la superación de formas de vida primitiva. Otros lo atribuyen, en cambio, a una causa puramente psicológica, o sea a las diversas maneras, que según las circunstancias influentes, tiene para producirse el motivo creador, o el estado emotivo generador de la voluntad artística. Por último hay quienes atribuyen el fenómeno a una dualidad de las concepciones del mundo y de la vida, producidas por las circunstancias de la vida social.

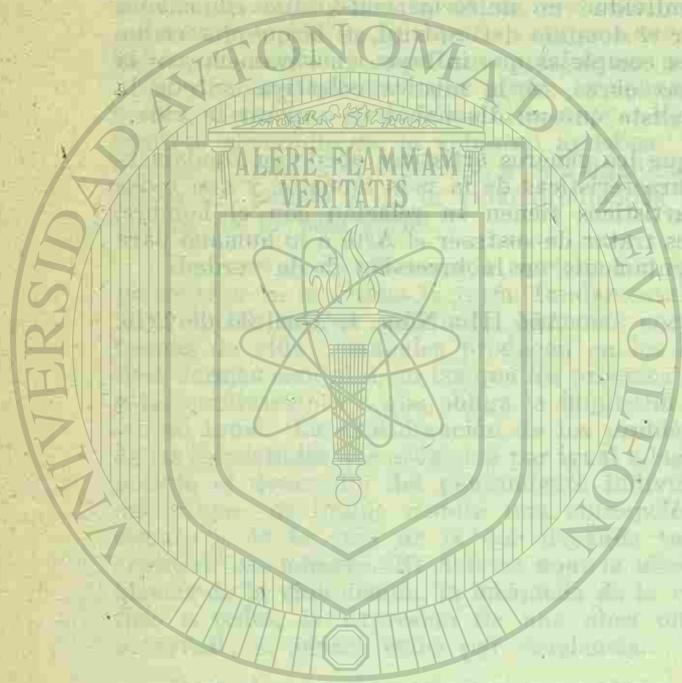
Las tres explicaciones son ciertas, sólo que las primeras encuentran en la última la razón fundamental. Quien estudie la evolución de las sociedades humanas encontrará que las formas de vida comunales producen en los individuos idénticas formas mentales, en las que los procesos de la naturaleza y las explicaciones a que obliga la inquietud humana se presentan igual. La consideración de los problemas comunes, y de las inquietudes que acometen por igual a las personas, hacen posible el desarrollo del pensamiento individual en función del grupo; de donde resulta una concepción uniforme del mundo y de la vida de la que depende toda la actividad creadora del hombre. El Arte es aquí la solución de los problemas de la vida común, la búsqueda de la verdad que satisface a todos, la expresión de una obra objetiva de valor universal; el género épico por excelencia.

Pero el crecimiento de las comunidades humanas obliga a la relación intercomunal y entonces la complicación de diversas estructuras sociales, de distintas concepciones del mundo y, principalmente, la lucha de dos entidades que pretenden el dominio total en todos los órdenes de la vida social, producen el desquiciamiento de la unidad primitiva de la conciencia y la crisis de la ideología común. Invalidadas las viejas explicaciones, rotas todas las formas del pensamiento, desquiciada la estructura social, el hombre se vuelve a sí mismo para rehacer la conformación de su ideología, abandona la preocupación por los problemas comunes que no entiende, y singulariza su angustia por el conocimiento del mundo y por la explicación de la vida. El Arte es aquí la expresión de la vida individual, la solución de la angustia personal, y el vertimiento de una obra subjetiva que sólo adquiere universalidad a condición de que logre ser un arquetipo, una solución individual que sirva a todos, porque sólo la verdad de todos es universal.

Entendido así el fenómeno, encontramos que, efectivamente, la diversidad de concepciones obedece a la evolución de la vida social, y esta vida nueva, en la que alternan la sociedad y el individuo no uniformemente, sino empeñados en una lucha por el dominio del espíritu, es la que determina las circunstancias complejas que influyen emotivamente en la producción de las obras. A la mística colectiva, sucede la mística individualista que un día habrá de superar la vida.

Así vemos que los géneros artísticos obedecen fundamentalmente a las características de la vida humana, y que todos los fenómenos artísticos tienen su relación con el hombre. Es inútil entonces tratar de sustraer el Arte a lo humano para vertirlo fraudulentamente en la inversión de la verdad.

Año III - Núm. 4, Abril 30 de 1946.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

REALIDAD Y APARIENCIA EN EL ARTE

LAS complicaciones del arte moderno, el pictórico particularmente, traen con frecuencia a colación una disputa cuya explicación pretende llegar a la esencia misma del Arte como fenómeno humano.

Pueden encontrarse, a primera vista, dos especies de Arte: el universalmente comprendido por la sola penetración de los sentidos, y aquel otro cuya inteligencia es discutida, porque sólo una simpatía especial lo entiende y, a veces, lo explica. Para los que gustan disfrutar ese goce que proporciona la contemplación artística, existe una primitiva explicación de esta índole de las obras: se trata, suele decirse, de lo objetivo y lo subjetivo: entendiéndose por lo primero lo relativo al arte de fácil entrega, penetrable universalmente, y por lo segundo, lo relativo a aquel otro arte en donde el autor excedió la experiencia convencional de comprensión y significado.

Hay quienes llevan la sutileza de la reflexión sobre lo objetivo y lo subjetivo, hasta identificar los términos de la polémica con los de aquella otra de lo social y lo individual como formas productoras del arte; para llegar a explicar, conforme a uno y otro criterio, la naturaleza del mismo. El propósito de quienes tal hacen no es difícil de encontrar. Se sabe que el arte, para ser tal, debe ser verdadero, es decir, debe responder a la explicación fundamental de su carácter humano. Si se acepta la probidad de cualquiera de los términos, y se niega el otro, el arte mismo puede ser negado; pero debe reconocerse, ante todo, que en la polémica de lo social y lo individual, no se trata de la definición del arte como

fenómeno social, perfectamente determinada ya, sino que hay una intención ideológica más profunda.

Por sobre las anteriores justificaciones de las dos actitudes del arte está otra, más simple en apariencia, pero que puede ser un camino mejor hacia la explicación del fenómeno. Ante cualquier desarrollo artístico se puede distinguir, desde luego, entre lo real y lo aparente, entendiéndose por esto último aquella primera representación del objeto. A veces, realidad y apariencia son una y la misma cosa; es entonces cuando se logra esa comprensión universal de los sentidos para la obra. Pero esto sólo sucede hasta que el artista usa valores entendidos en la técnica y el desarrollo de su tema. Cuando la necesidad de expresar un tema excede a las posibilidades de estos valores convencionales de la técnica, es cuando se echa mano de esos recursos complicados que destruyen la posibilidad de comprensión común. Es necesario observar que, en este caso, la realidad de la obra se vierte igualmente, pero la apariencia queda burlada, sacrificada mejor dicho, en los matices de la verdad del arte.

En esta complicación obran varios factores, el primero de los cuales es el abandono del convencionalismo. El autor da a los usos de su arte una significación distinta que hace variar su desarrollo de lo convencional a lo simbólico. Contra lo que objetarían los subjetivistas del arte, este simbolismo no entraña una singularidad absoluta; su naturaleza se encuentra en otro convencionalismo de tipo especial que no es accesible sino bajo ciertas condiciones.

Otro de los factores lo constituye la intención del autor, que puede variar las proyecciones para que éstas sirvan mejor para demostrar, o dar énfasis, a su verdad. En realidad, esta dislocación de las proyecciones no es sino una alteración de la apariencia que puede resistir la comprensión de un ingenuo, porque conserva su valor convencional.

Suele, finalmente, existir un tercer factor de alteración, que consiste en el disloque de la realidad inmediata, y de la apariencia coincidente, obtenido por la separación del objeto representado de su circunstancia habitual, y que es usado muchas veces, no ya para la revelación de una verdad, sino para darle a ésta un sentido humano. La expresión de lo trágico y lo cómico, por ejemplo.

Estas son las tres actitudes fundamentales en que se presenta la obra a la expectativa humana. Analizada así, la explicación es consecuente, pero sigue el problema planteado fuera

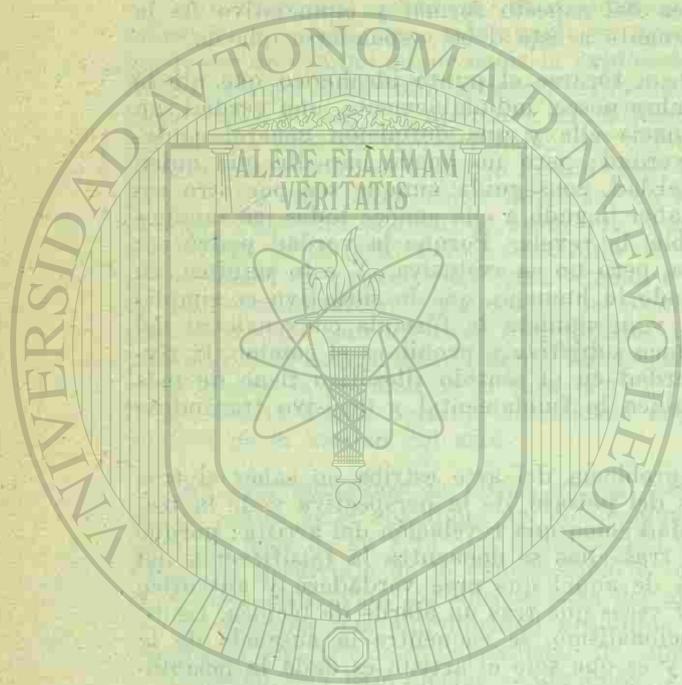
de la técnica y del género: ¿Existe una verdad, o una creación individual, distinta de la colectiva? Apresuradamente puede responderse que sí, sólo que desde el punto de vista del método y la técnica, o sea del aspecto formal y enunciativo de la verdad; pero en cuanto a ésta debe responderse que no.

Y aquí vuelve a tocarse el punto ideológico que quedó pendiente. El hombre posee, indudablemente, una verdad, un camino expedito hacia ella y una definición general consecuente con esta verdad; pero no puede impedir que quien posea la misma verdad, conseguida aunque sea por otro camino, y que por haber llegado a ella conoce todos los caminos que le son accesible, la revele. Porque la verdad podrá ser absoluta o relativa, pero no es exclusiva. Y esto significa, en el arte como en todo lo humano, que lo subjetivo es simplemente una forma, y ni siquiera la fórmula convencional del formalismo. Lo único subjetivo y propio es el camino, la técnica, lo que la verdad en el sentido filosófico tiene de más endeble; pero también lo fundamental y decisivo tratándose de la vocación.

El auténtico problema del arte estriba en saber si tras estas dislocaciones del paisaje, de la perspectiva y de la técnica, existe la verdad como una revelación del artista; porque suele suceder que tras ellas se encuentra la falsificación del arte, o la mentira de aquel que cree verdadero y auténtico lo que no es. Hay veces que tras un alarde de técnica, transgresor del convencionalismo, se encuentra la ausencia de la palabra creadora, y es que sólo el artista es dada la posibilidad maravillante de descubrir esa verdad que, una vez formulada, aparece como conocida desde siempre por todos, pero que no todos pueden formular.

Realidad y apariencia. Presencia y apariencia, presencia de la verdad, estos son los términos de toda obra, y no hay que olvidar que la verdad evade todo aquello que no conduce a su fin propio: el descubrimiento del hombre por el más bello de los sentidos humanos; aquél que no todos entienden y denominan del mismo modo.

Año IV - Núm. 4, Abril 30 de 1947



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

LO FALSO Y LO VERDADERO EN EL ARTE

LA evolución de la conciencia moderna ha dado lugar a la revisión de un sinnúmero de ideas acerca de los problemas del espíritu, y entre ellos muy particularmente, a aquéllos que se refieren al Arte. Obedece esta actitud crítica a la intención de buscar para toda elaboración humana un acercamiento con la vida, que haga de ésta un desarrollo uniforme, en el que las posibilidades de la inteligencia no se diluyan en especulaciones peligrosas que pueden perder al hombre y hacerle olvidar su propio sentido.

Esta revisión, notable en la inteligencia contemporánea, no es propia de nuestro tiempo. Se la encuentra muchas veces en la historia viviendo a través de polémicas filosóficas olvidadas que se refieren a la esencia del hombre y al sentido de sus acciones, y que se plantean en los momentos de crisis que determinan casi siempre el nacimiento de una nueva época.

En lo que respecta al Arte, estas polémicas se han referido siempre a la naturaleza de sus valores fundamentales y al sentido propio de las obras artísticas. Así suelen considerarse en el arte dos especies de valores: aquéllos que se refieren a la belleza, y aquellos otros que se refieren a la verdad. Clásicamente toda obra de arte debía quedar comprendida dentro de un cierto ámbito, definido en sus extremos por la belleza, o sea el valor estético fundamental, y por la negación de ese valor. Su intención no podía trascender a la realización del valor estético fundamental que resultaba, en esta concepción, de una inspiración superior y emanada de la divi-

nidad, o humana, y emanada de razones subjetivas sentimentales. La primera daba lugar a las obras eternas y la segunda a las temporales. Unas perduraban sobre el tiempo, las otras eran superadas según la evolución de la sensibilidad humana.

Esta concepción nació de aquella tendencia sociológica que explicaba el fenómeno del Arte como el derramamiento de un excedente de energía humana que se vertía en una imitación de la vida, o en una fantasía. Así, el arte venía a ser un juego del espíritu, un desinteresado divertimento en el que el hombre se solazaba, tanto en su factura, como en su contemplación. El artista según esta idea, era un ser desinteresado, sustraído a su propia humanidad, que trabajaba sin una intención determinada en una obra cuyo sentido debía surgir espontáneo y ajeno a toda otra idea que no fuese la realización de la belleza como cualidad objetiva, o como cualidad moral. Con esta idea no se lograba otra cosa que una explicación individual del fenómeno artístico que conducía a una concepción subjetiva del arte, tan subjetiva, que el artista podía olvidar en su obra al espectador.

Pero esta idea tomada de la sociología es incompleta, porque si bien considera al Arte como una actividad humana olvida su concepción eminentemente social. El Arte sólo es válido si se refiere a la sociedad de que emana; y el artista debe tener siempre presente esta circunstancia. Resulta así que el Arte tiene que referirse siempre a las vicisitudes de la sociedad en que se da. Su espontaneidad tiene que reflejar naturalmente la angustia social del momento, y entonces la necesidad del artista de darse, de ser espontáneo, es siempre la necesidad de reflejar el momento que vive, de retratar su circunstancia, de que su inquietud sea la de su grupo social. Un arte así es no sólo un arte bello, es un arte verdadero que, además de tomar en cuenta el valor estético, realiza el valor humano fundamental: la verdad.

Los que sostienen que el Arte debe ser desinteresado y que debe ser la oportunidad humana de desahogar una angustia individual de escapar a la sociedad, a la vida y a los problemas humanos, quedan en una actitud medieval y anti-humana. Olvidan que el Arte, como todas las posibilidades intelectuales del hombre, no es sino un camino de explicación de la vida y de lo humano, y que si bien tiene una forma distinta de objetivarse, no es porque obedezca a un valor diferente, sino porque es un camino distinto de llegar a la explicación de la verdad. El Arte, como obra del espíritu humano, no puede escapar a la consideración de la inquietud fundamental del hombre. La Estética no es otra cosa que el

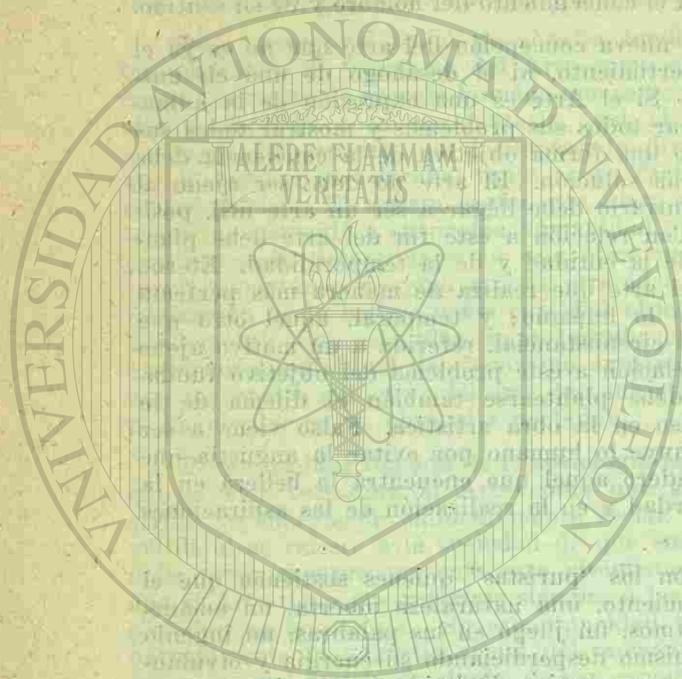
acomodamiento de una posibilidad humana dentro del sentido de toda inquietud espiritual. El Arte es una exteriorización de la conciencia, y como tal, es una forma del pensamiento humano que busca el conocimiento del hombre y de su sentido.

Nace así una nueva concepción del arte que no es ya el desinteresado divertimento, ni el desahogo de una circunstancia individual. Si el Arte es una expresión de la humanidad debe plantear todos sus problemas y mostrar todas sus angustias; y como una forma objetiva de la conciencia debe buscar también una solución. El arte no debe ser ajeno al hombre, por el contrario debe llegar a ser un arte útil, positivo y humano. Con relación a este fin del arte debe plantearse el dilema de la entidad y de la temporalidad. Eterno viene a ser, así, el arte que realiza de manera más perfecta la objetivación de lo humano; y temporal, aquel otro que realiza una belleza circunstancial, referida a un motivo ajeno al hombre. Con relación a este problema del objetivo fundamental del arte debe plantearse también el dilema de lo auténtico y lo falso en la obra artística. Falso viene a ser aquel arte que rehuye lo humano por evitar la angustia que allí palpita; verdadero aquel que encuentra la belleza en la búsqueda de la verdad y en la realización de las aspiraciones humanas.

En el Arte son los "puristas" quienes sostienen que el arte es un divertimento, una naturaleza muerta, un amaneramiento de los ritmos, un juego en las palabras, un ingenio que se goza a sí mismo desperdiciando su energía y olvidándose del hombre, una mentira divertida e ingeniosa expresada maravillosamente. Son los artistas los que realizan la vocación del hombre, los que muestran su angustia, los que hablan por los que no pueden hablar, o los que dan a la música la expresión de un sentimiento humano vivo, noble y total por sobre los amaneramientos sensibleros e individualistas de aquellos que se expresan como si se arrepintieran de ser hombres.

Año III - Núm. 2, Febrero 28 de 1946

AL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

EL CINE

HACE tiempo que latía en la intención de los editores de "Armas y Letras", la idea de agregar al material de este periódico una serie de comentarios sobre el Cine. El propósito ha tomado forma, al fin, animado por el afán de modernidad que debe caracterizar toda legítima inquietud por los temas del hombre.

Iniciamos, pues, esta aventura en la que no vamos solos ni en cuanto a la problemática estética, ni en cuanto al propósito de encauzar el desarrollo del tema, como uno de los esquemas sociológicos de influencia recíproca entre el hombre y la sociedad, dentro del panorama de la vida contemporánea. Y aquí nomás, al empezar, encontramos el primer problema ¿Será el Cine un Arte? ¿Qué clase de Arte puede ser? ¿A qué sentido y a qué inteligencia puede considerarse dirigida su intención? ¿De qué manera puede el cine influir en la conciencia, y cuál es la relación, o diferencia, que puede encontrar, en este sentido, con las demás formas del Arte y con los otros estímulos anímicos? ¿En qué lugar y conforme a qué jerarquía podría clasificarse este arte? He aquí una esbozo de la problemática del cine que habría que estudiar con la misma seriedad que cualquier otro problema de alta cultura. Podría objetarse a este propósito el hecho de preocuparse de un acontecimiento de la vida cotidiana que se considera como una mera división, pero ¿no ha formulado Simmel, acaso, una Filosofía de la Moda?; ¿No ha especulado José Gaos, con tono doctoral, sobre la fenomenología de la Caricia? Indudablemente que en medio de estos temas el nuestro es el más serio e importante; y su intención estética está más

dentro de la inquietud del hombre por los problemas generales de su propia definición.

Por otra parte, es innegable que una literatura y una crítica nuevas han nacido ya, de manera ancilar, en torno al Cine, a la vez que éste ha originado un cambio fundamental en los demás territorios artísticos urgiéndoles a la modernidad. Una serie de influjos recíprocos existen entre el Cine y la Literatura; entre el Cine, figurador de todas las dimensiones, y el Teatro, realizador de las indispensables y, por si esto fuera poco, el cine ha venido a modificar el influjo del Arte sobre el hombre en el plano de lo sociológico.

Vemos casi cumplida ya la profecía que formulara don Alfonso Reyes en 1915: "cada gesto humano, cada perfil de la civilización moderna, está destinado a vibrar en la pantalla". De manera que el cine llegará a ser, seguramente, el mejor documento sobre nuestra época. Es necesario, por ello, estudiar este documento sui-géneris, que tenemos la fortuna de escribir nosotros mismos, y que va a ser la contribución más original de nuestro tiempo al arte universal.

Año IV - Núm. 4, Abril 30 de 1947

III

LA PALABRA Y LA POESIA
PAUL VALERY
SOBRE LA TEORIA LITERARIA
VIDA Y NOVELA, DOS FORMAS DE VERDAD

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

dentro de la inquietud del hombre por los problemas generales de su propia definición.

Por otra parte, es innegable que una literatura y una crítica nuevas han nacido ya, de manera ancilar, en torno al Cine, a la vez que éste ha originado un cambio fundamental en los demás territorios artísticos urgiéndoles a la modernidad. Una serie de influjos recíprocos existen entre el Cine y la Literatura; entre el Cine, figurador de todas las dimensiones, y el Teatro, realizador de las indispensables y, por si esto fuera poco, el cine ha venido a modificar el influjo del Arte sobre el hombre en el plano de lo sociológico.

Vemos casi cumplida ya la profecía que formulara don Alfonso Reyes en 1915: "cada gesto humano, cada perfil de la civilización moderna, está destinado a vibrar en la pantalla". De manera que el cine llegará a ser, seguramente, el mejor documento sobre nuestra época. Es necesario, por ello, estudiar este documento sui-géneris, que tenemos la fortuna de escribir nosotros mismos, y que va a ser la contribución más original de nuestro tiempo al arte universal.

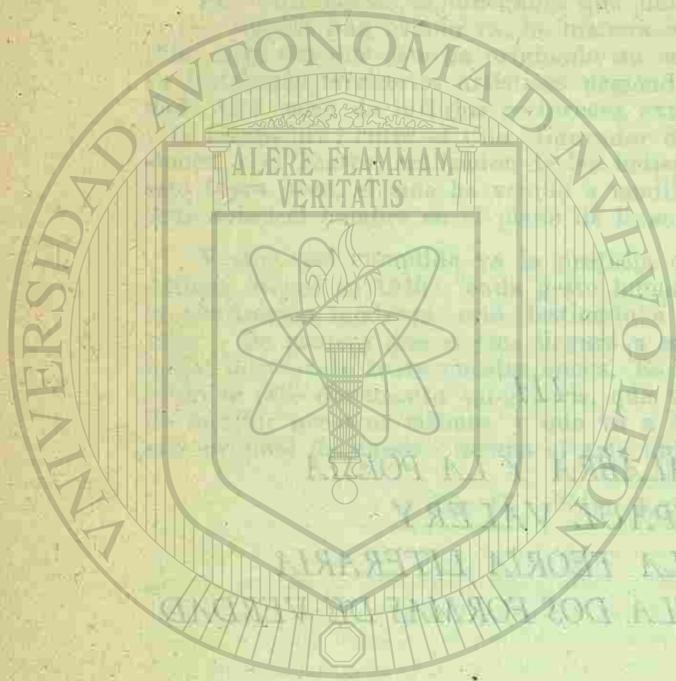
Año IV - Núm. 4, Abril 30 de 1947

III

LA PALABRA Y LA POESIA
PAUL VALERY
SOBRE LA TEORIA LITERARIA
VIDA Y NOVELA, DOS FORMAS DE VERDAD

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

LA PALABRA Y LA POESÍA

UNA de las preocupaciones fundamentales de la Teoría Literaria es el estudio del lenguaje. Al hablar del lenguaje nos vienen a la cabeza muy diversas formas de considerarlo: El estudio gramatical de las palabras y las frases, la técnica de clasificación y uso de las primeras y el arte de construir las segundas; el estudio de los accidentes y los tiempos en los verbos y el de la prosodia y la ortografía. El estudio de las funciones sociológicas del lenguaje desde su formación hasta su transformación en la más importante de las funciones mentales colectivas, cuyo desarrollo abarca en su aspecto histórico el maravilloso espectáculo del desenvolvimiento de las sociedades humanas. El estudio de la Filología considerada como el conocimiento erudito del lenguaje como materia poética.

El lenguaje es una materia común de expresión del pensamiento universal y de todos los grupos humanos. En cada rama del pensamiento el lenguaje pierde algunos de sus caracteres comunes y se especializa para servir al objeto de la ciencia que lo utiliza, formando una terminología distinta del lenguaje común y corriente. La Filosofía es un ejemplo magnífico para evidenciar esta especialización; cada escuela filosófica, cada pensador, usan su propia terminología diferente a la de los demás en la expresión de sus ideas. También el fenómeno sociológico de la división del trabajo proporciona diversas especializaciones del lenguaje según las actividades y los grupos sociales. Mediante estas especializaciones, diferentes del lenguaje indispensable de la vida en común, es posible que éste sea útil a las necesidades de la convivencia humana.

En lo literario el lenguaje también se especializa para servir a los fines de la poesía, sólo que esta especialización del lenguaje en la poesía es mucho más sutil. Generalmente la especialización lingüística en las esferas del pensamiento distintas de lo literario obedece al afán de precisión en las ideas y a la necesidad de fabricar conceptos típicos invariables para designar sus objetos y sus desarrollos. Esto conduce a la valoración etimológica de las palabras que proporciona el más firme criterio de precisión, y conforme a este conocimiento de las raíces originales va creándose la terminología especial, convencional para el pensamiento que se sirve de ella. En lo literario la especialización del idioma rara vez toma ese camino ya que las cuestiones literarias no tienen temas especiales, su materia está constituida por la más general de las experiencias humanas: la experiencia de la vida de los hombres. La especialización del lenguaje en lo literario se logra mediante una valoración semántica de las palabras y una valoración subjetiva íntimamente ligada al estado emocional generador de la obra poética. Dentro de esta valoración subjetiva entra la consideración del valor fonético de la palabra y de la musicalidad de la frase, consideración indispensable para lograr la unidad armónica del lenguaje poético como expresión de un doble sentido creador del artista.

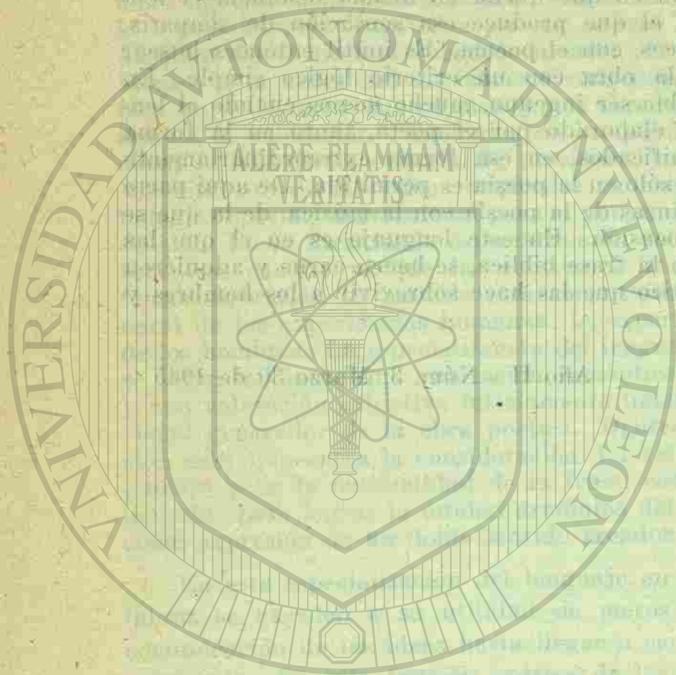
En esta especialización del lenguaje en la poesía las palabras se exceden a su utilidad de meros instrumentos de comunicación de las ideas hasta llegar a ser instrumentos de revelación. En esta función poética de las palabras los significados son destilados doblemente, primero desde la indispensable necesidad de servir de instrumentos de expresión, y después desde esa revelación creadora que es el desahogo del estado emocional general de la obra poética.

Esta sublimación de las palabras hace que éstas dejen de ser meros signos convencionales de intercomunicación humana para transformarse en un lenguaje superior, distinto, apto para ser un material artístico. Su función en la frase rebasa entonces los términos de la gramática y se convierte en instrumento de expresión de un orden de fenómenos cuyo origen y desarrollo se substraen a la lógica racional. Por eso no es posible exigir una sintaxis simplemente gramatical en la frase literaria o poética. La construcción obedece aquí a las necesidades de una expresión acertada a la concepción creadora del poeta; y a veces se sacrifica la lógica de la frase a un simple ritmo, a una musicalidad que hacen posible la reproducción de aquel clima emocional que produjo la obra y

logran con ello una comprensión de ésta que el lenguaje simple no sería nunca capaz de proporcionar.

Esta situación en que queda en última instancia el lenguaje poético es el que produce esa sensación de simpatía, inexplicable a veces, con el poema. Es inútil entonces buscar la intención de la obra con un criterio lógico simple. En poesía no es posible ser ingenuo, mucho menos cuando el lenguaje de ésta es elaborado por el poeta, tanto en la forma como en los significados, en esa forma extraordinariamente convencional que sólo en la poesía es permitida. De aquí parte una de las semejanzas de la poesía con la música, de la que se tratará en otra ocasión. En este lenguaje es en el que las palabras, como en la frase bíblica, se hacen carne y adquieren el sentido dramático que las hace sobrevivir a los hombres y a las edades.

Año II - Núm. 3, Marzo 30 de 1945



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE

PAUL VALÉRY

TODAS las épocas críticas de la humanidad terminan en una larga angustia a la que no convencen ni las cosas más ciertas, ni los viejos remedios, ni la vista a la historia. La crisis es siempre un desquiciamiento en la fe y una incredulidad para toda esperanza.

En el principio de la Filosofía moderna un hombre deshizo en su conciencia las ruinas del pasado para sacar de la nada restante un principio de fe. Este hombre fué Descartes: el iniciador del pensamiento contemporáneo.

Cuando el positivismo perdía a principios de nuestro siglo su certidumbre filosófica y no era sino ese palo del que todas las metafísicas querían hacer leña, surgió en el panorama del espíritu francés la sencilla y dominante figura de Paul Valéry. Valéry es en la época presente y en la poesía nueva lo que Descartes fué en su época.

La universalidad del pensamiento de este gran poeta francés es tan vasta que no es posible catalogarla en alguno de los aspectos especiales de la cultura. No fué solamente un filósofo, o un sociólogo, o un poeta. Fué más bien esa magna síntesis del genio que no diferencia en su pensamiento ninguno de los caminos hacia la verdad. Donde quiera que entró con su pensamiento fué para encontrar rutas nuevas hacia esa verdad perdida en un mundo de enmarañados prejuicios científicos y filosóficos, en una época en que todos se creían con derecho a decir una verdad y en que cada país se apropiaba una teoría y una idea particular del mundo.

Valéry puede decirse que fué una víctima de su gran destino que le hizo ser poeta queriendo ser marino y que huyendo de la poesía se convirtió en filósofo y puesto en el camino de la verdad aportó interesantes estudios a la teoría de los hechos sociales

Víctima también de un ansia extremada de rigor se enerró, como Descartes, 20 años a hacer, dice Maurois, tabla rasa con la cultura de su tiempo para rehacerla desde el principio como propia, como el método de su vida y de su pensamiento. Metido en la casa que habitara en París Augusto Comte, escribía cuadernos y más cuadernos de notas, y ensayos que nunca hubiéramos conocido a no ser porque Gide le convenció de publicar sus poemas y Marcel Schwob y Daudet sus escritos.

Comenzó a escribir sus poemas en la adolescencia, para reunirlos como obra suya 20 años después. Entre tanto hacía su método poético en silencio, ignorante e ignorado de todos.

El poema -decía- no se hace con sentimientos, ni con ideas, sino con palabras. Las palabras son las convenciones humanas más arbitrarias, que de mera ficción que eran se han convertido en eso que han dado en llamar verdades objetivas. El poeta tiene que encontrar ese misterio de la ficción, ese auténtico sentido de la palabra perdido en la historia; y a propósito de una teoría poética se mete en la filosofía de la historia y con la problemática filosófica, hasta llegar al principio sin reconocer verdades absolutas. Hay en el pensamiento de Valéry un gran momento que puede colocarse en el principio de toda Filosofía: "¿De qué modo, se pregunta, es posible adquirir el concepto de lo que no se opone a nada, no repele a nada, no se parece a nada? Si se pareciese a algo no sería todo."

Encuentra el poeta la realidad primaria, anterior a toda ficción, en la obra de arte. En ese poema escrito con palabras dueñas de su significado y de su música, hecho en un clima emocional especial en el que la inspiración no es sólo una observación penetrante.

Llegado a la Academia y al Colegio de Francia formula el principio de una nueva consideración sobre la literatura que va a ser la Teoría Literaria de nuestros días, en la que no caben las demagogias y las extravagancias poéticas.

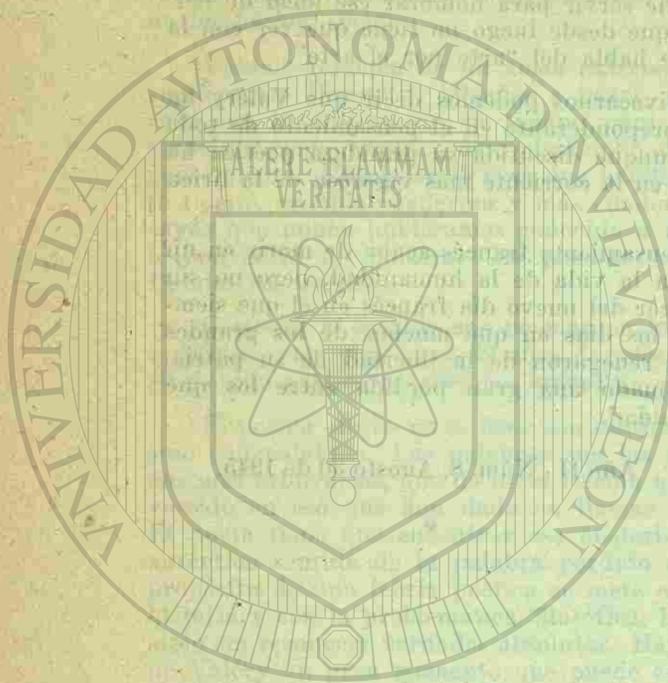
A propósito de un escrito suyo publicado en el prólogo del libro de un joven poeta, en el que hablaba de la "poesía pura", surgió en Francia la grave polémica sobre estas dos

palabras sobre las cuales no hay un completo acuerdo en la literatura moderna. Valéry termina con esta polémica reconociendo que la llamada poesía pura es imposible, pero que esta designación puede servir para nombrar ese ideal de perfección en la poesía que desde luego no tiene que ver con la corriente estética que habla del "arte por el arte".

Sin temor a equivocarnos podemos decir que Valéry ha influido de manera preponderante en el pensamiento de toda la poesía actual, y aunque discutida su grandeza poética ha venido a constituirse en la corriente más vigorosa de la lírica moderna.

Este genio del pensamiento francés acaba de morir en un momento crucial para la vida de la humanidad, pero no sin haber visto el amanecer del nuevo día francés en el que siempre tuvo fe, aun en los días en que muchos de los grandes pensadores franceses renegaron de la libertad de su patria. Su muerte ha ocasionado una gran pérdida entre los que piensan por la humanidad.

Año II - Núm. 8, Agosto 30 de 1945.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

SOBRE LA TEORÍA LITERARIA

HASTA hace muy pocos años ha venido a dar fruto la vieja preocupación de la Literatura originada en torno al problema de constituir una ciencia universal con todos los aspectos de cultura que de alguna manera tienen que ver con la poesía. En los años anteriores a la presente guerra, Paul Valéry inició en el Colegio de Francia una explicación novedosa del sentido de la Literatura. Concurrían en esta explicación las experiencias de la antigua retórica y las exploraciones de los poetas contemporáneos en otros campos artísticos en busca de lo que la retórica no era capaz de proporcionar. Pero había en aquellas exposiciones de Valéry cosas nuevas, elementos tomados de la experiencia poética cuyo análisis correspondía a otras ciencias pero sin los cuales era imposible llegar al conocimiento de la meta de aquel curso.

Hasta entonces se definía la Literatura como la búsqueda de la belleza en las letras, de una belleza desinteresada paralela a los valores fundamentales del arte en las artes plásticas y la música, como aquella nota lingüística capaz de conmover. Servían a este propósito la retórica como sistematización de las formas del bien decir y el tratado de las formas y los metros que era la Poética en su viejo sentido.

Todo esto conducía sólo a una cosa: el descubrimiento de una técnica de desvulgarización del lenguaje que servía para dar a las palabras un sentido poético diferente del que les era usual en el habla común; pero el problema de la poesía escapa a una consideración de esta especie. Nadie podía encontrar con estos elementos el sentido de la poesía, ni estudiar el acto creador de la misma y las vivencias a que daba origen el poema en el ánimo de los extraños a que estaba destinado,

ni el criterio para una actitud valorativa de la creación artística.

La consideración de esta serie de posibilidades nuevas para la elaboración de una ciencia que tuviera por objeto llegar al conocimiento de las notas esenciales de la poesía, estudiadas por Valéry en aquella ocasión a propósito del desarrollo de una teoría poética que partiera del significado etimológico de la palabra poesía, que en griego significa crear, cuya meta fuera obtener una filosofía de la poesía, dió origen a lo que hoy es la Teoría Literaria.

Servían a los fines de la Teoría Literaria casi todas las ciencias culturales: la retórica y la preceptiva como estudio de la materia de la poesía, la psicología como investigadora de las emociones y los estímulos tanto creadores como contemplativos, la sociología como estudio del hombre como entidad social indivisible de la comunidad y como consideración de la obra en cuanto es reflejo de la comunidad en que vive el artista y por último la filosofía con sus consideraciones universales sobre el arte, materia de la estética.

Todas estas ciencias resolvían en común las grandes cuestiones de la Literatura que antes no habían sido planteadas: la esencia de la poesía, el análisis y estudio del acto generador de la misma en su aspecto emocional y en su aspecto técnico, el estudio del estado emocional que origina la intención poética, la consideración de las dos actitudes posibles ante el poema: la generadora del poema que termina en él y la valorativa, que comienza con él, pasando por los desarrollos y formas de producción en la primera de ellas, y estudiando en la segunda la apreciación objetiva y la comprensiva en la contemplación de la obra de arte, y la consideración de la intención como generadora de valores poéticos involuntarios para el autor; con el auxilio de estas investigaciones la Teoría Literaria supone a la elaboración de una lógica imaginativa, distinta de la racional, con cuyas luces se pueda llegar al conocimiento de la poesía y de su enlace con la teoría universal del Arte sin profanar el misterio mismo de la poesía como expresión más pura de la idea, como explicación más comprensible, aunque menos explicable del universo y de la vida.

La resolución y explicación de estos problemas es la tarea de la Teoría Literaria, el mejor equipaje del hombre en el camino del Arte a la búsqueda de la verdad.

Año I - Núm. 11, Noviembre 30 de 1944

VIDA Y NOVELA, DOS FORMAS DE LA VERDAD

ACOSTUMBRADOS a ser sociales, a considerar como vida exclusivamente la actividad que desarrollamos entre los demás, vamos olvidando aquella otra actividad inevitable que desplegamos a solas, que es la propiamente nuestra en conciencia, y que llegamos a considerar, a veces, como una incidencia indispensable en nuestra participación en la vida que hacemos con los otros hombres.

Así, la vida que nos conforma con nosotros mismos es olvidada. Se revuelve con la consideración de nuestras acciones sociales y allí se pierde. La revelación de una personalidad distinta, que sólo vale para sí, independientemente de su actividad societaria, que en vez de ser moldeada por los acontecimientos influye en ellos y los transforma, aunque sea en una calidad mental especial, el encuentro con una vida que se vive sin otro propósito que el del hombre, su dueño, que no por eso deja de ser una entidad social, nos asombra y nos produce de vez en vez un remordimiento de gran sentido filosófico: ¿En dónde estamos viviendo nuestra verdad?

Aquello es novela, lo nuestro es vida, suele decirse, sin saber que una es nuestra vida que por ser gregaria olvida su destino, y la otra es aquella, también nuestra, que sin acordarse, a veces, de su destino lo cumple. Vida es nuestra convivencia social, novela le llamamos al miedo de la convivencia absoluta con nosotros mismos, o con los demás, pero de acuerdo con nuestra conciencia. Todos tenemos nuestra propia novela; unos la vivimos, otros la escriben, además. Esto es más aproximado que la frase de Wilde; unos escriben la no-

vela que no pueden vivir y otros viven la novela que no pueden escribir. Hacer nuestras las incidencias que no son autobiográficas, es también vivir en rebeldía con un destino que, en algún sentido, se ha negado a ser heroico y que hay que superar.

Los filósofos dicen que la vida es una oscilación entre el ser y un deber ser identificado con un querer ser. La vida es pues el trayecto, y cuando éste es más rico en posibilidades que en realizaciones, la fuerza de la vocación se vierte por el camino de este intencionado deber ser. Así resulta el arte de verdad, la novela que hace vida de lo que no es, que llega a la verdad por la mentira, por este deber ser intencionado que resulta una más humana, aunque no siempre amable realidad. Esto, podrá objetársenos, no es la verdad; pero el ser y el deber ser sí lo son. Todo lo que es ser, en realidad o en posibilidad -en verdad dinámica que está haciéndose, en verdad de tiempo hacia el futuro y no de espacio y del presente únicamente- es la verdad madre del escepticismo egregio o del optimismo endeble.

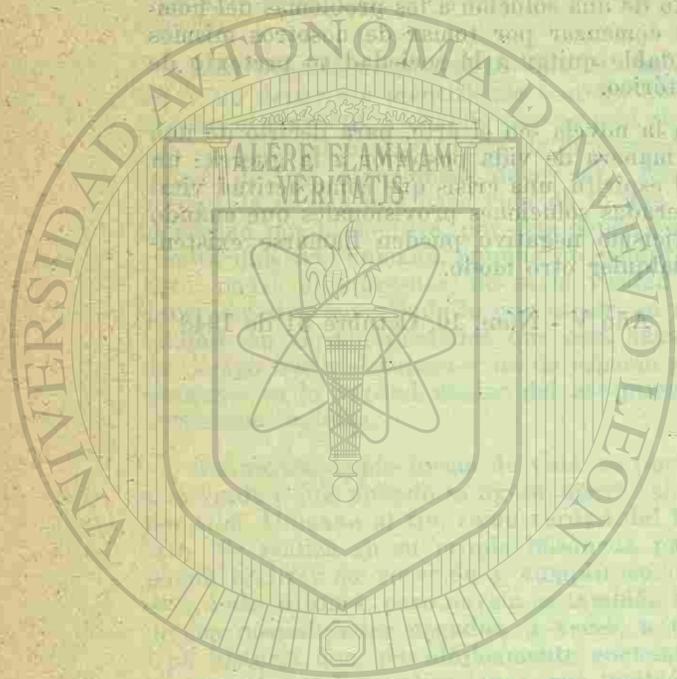
La novela, como forma de vida, es por sí sola un camino a la verdad que, cuando se agota, agota también la curiosidad por ella. Humana al fin, como verdad del hombre, muere con éste. Se realiza en su propia búsqueda para que el hombre pueda realizar su vocación y cumplir su destino. La novela es la vida, dijimos, pero novela es también historia, la historia de las posibilidades negadas, a veces, a todos los hombres. Una historia que, paradójicamente encuentra su filosofía en la negación de las realizaciones, que también tiene sus índices de progreso con respecto al tiempo y que hace posible el conocimiento de una vida que al hombre es tan propia como la que hace en sociedad, aunque no sea sino verdad íntima y propia de la que en realidad no hacemos uso nunca, pero a la que guardamos la mejor fe.

Crítica es la época en que el hombre tiene que abandonar su fe en la solidaridad social para hurgar dentro de sí en los estratos insospechados de su manera de ser. Esto sucede cuando el fruto de la conveniencia social el desengaño de todas las creencias y de todas las promesas, en una angustia por reconocer la auténtica. No es casual que sea entonces que la religión, que proporciona un proyecto de salvación individual, gane adeptos; y los que en medio de la religión dudan alguna vez, que son todos, van con los demás a un escepticismo negativo que conduce a la resignación y a la desesperación.

Darse cuenta de que en la solución al problema de la vocación y del destino tienen responsabilidades importantes tanto la propia conciencia, como la entidad social, es la clave en el descubrimiento de una solución a los problemas del hombre; pero hay que comenzar por tomar de nosotros mismos aquello que no es dable quitar a la sociedad so pretexto de un objetivismo histórico.

Esto sucede en la novela -en el arte, para decirlo de una vez- como en toda manera de vida posterior a la guerra: un desquiciamiento del espíritu, una crisis que como actitud vital proporciona desesperadas soluciones provisionales que cuando conducen al escepticismo negativo pueden llamarse existencialismo, o de cualquier otro modo.

Año V - Núm. 10, Octubre 31 de 1948



IV

TEORIA DE LA UNIVERSIDAD

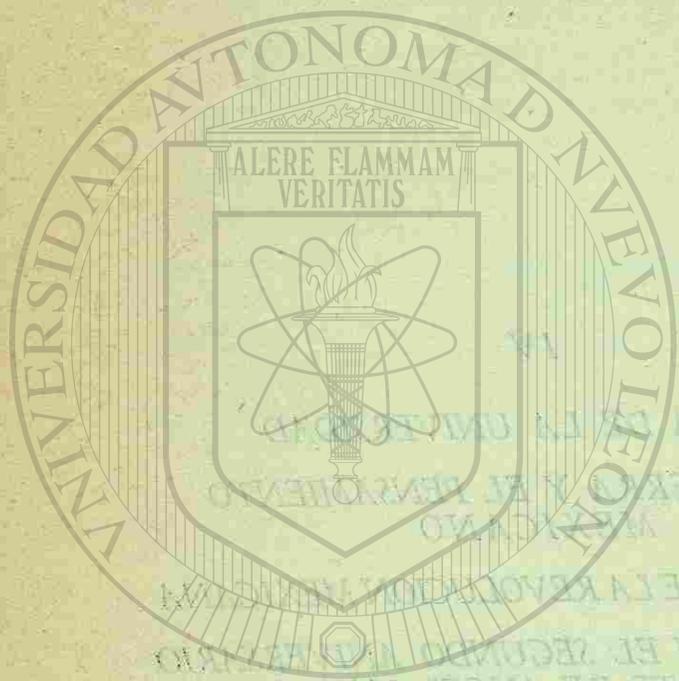
JUSTO SIERRA Y EL PENSAMIENTO
MEXICANO

LA CRITICA DE LA REVOLUCION MEXICANA

DISCURSO EN EL SEGUNDO ANIVERSARIO
DE LA MUERTE DE ANGEL MARTINEZ V.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

TEORIA DE LA UNIVERSIDAD

CUANDO la Universidad constituía un accidente de la vida social, cuya existencia trascendía a los propósitos fundamentales del grupo en que vivía, estaba de moda hacer toda especie de justificaciones teóricas para su existencia. Dada como un fenómeno aislado en determinados pueblos en la que, como en los monasterios, alentaba la cultura, defendida de la barbarie por unos muros que si bien la preservaban de ella, la preservaban también lamentablemente, de la vida normal de la humanidad.

Ante la existencia medieval, la Universidad tuvo que ser un foco aislado de las luces humanas, viviendo de su propia justificación que la hacía intocable, y ajena a toda concepción que no fuera la de su propia tradición y la de la tradición de la Cultura Universal, abstracta e impersonal; enclaustrada de tal manera que sus alientos apenas servían para darle la satisfacción de gozarse en sí misma.

El advenimiento de la época moderna, a la vez que la constitución de las naciones, trajo consigo la primera gran transformación de la cultura. Fincándose en las tradiciones locales, la Universidad amplió su acción a la comunidad nacional unciéndola con sus graves e inusitados desarrollos científico-metafísicos, que en realidad nada hacían por la vida social. Ella seguía siendo aún, por encima de la sociedad, el encastillamiento de una cultura que era patrimonio exclusivo de los elegidos del poder o de la fortuna.

Sólo el advenimiento de la mecánica y de su gran influencia en las transformaciones sociales, que logró que la cultura se transformara, si no en el arma de la defensa, sí en el arma

del progreso, hizo que la Universidad se reprodujera en el mundo y abriera sus puertas a la clase optimista que llegaba por la democracia liberalista hasta el poder. Su primera acción desde el punto de vista social fué, a la vez que el conocimiento de la ciencia aplicada, la enseñanza de la teoría social acorde con la ideología egoísta que patrocinaba las conquistas del poder y el avasallamiento de los demás grupos.

Después de la primera guerra mundial una crisis grave y alarmante se apoderó de la Filosofía e influyó todos los dominios de la cultura. Los pensamientos que presidían el conocimiento universal cayeron estrepitosamente sin dejar un indicio de certeza sobre el que pudiera fincarse una nueva idea fundamental que permitiera dar un sentido a la ciencia y a la conciencia. En la Universidad, esta crisis originó la gran revolución. Hubieron de abandonarse viejos caminos y prestigiosas tradiciones. La necesidad de sobrevivir al cataclismo hizo que la Universidad se ligara a su tiempo en busca de su camino; y cuando aún no recuperaba su estabilidad fue ya el clima que desde entonces, a su pesar posiblemente, y para siempre, alimentó el germen constante de la evolución y la revolución de las comunidades humanas. Si antes como fenómeno esporádico, la Universidad fué la cuna de alguna transformación de la sociedad, desde entonces su destino se ligó de tal modo a la sociedad que el retorno es imposible.

En Hispanoamérica, la Universidad presidió la transformación de la conciencia política de las naciones y conquistó para sí un lugar eminente en la existencia social, y en Europa, donde las tradiciones tenían demasiada fuerza, se vió penetrada por las inquietudes sociales que la encaminaron hacia una participación importante en la conducta de las naciones.

Con el nuevo sentido adquirido por la cultura, que abandonaba la investigación y la creación como fines autónomos, para transformarse en un generoso medio propiciador de una vida mejor, la Universidad examinó su vida hacia la consecución de los más preciosos fines de la existencia social.

Tres etapas importantes ha vivido la Universidad hasta nuestros días. Estudiando primero la organización del conocimiento y el conocimiento de la realidad material en la Edad Media. Interesándose por la vida y por la conciencia de los hombres, la Universidad finiquitó su primera etapa.

Con el conocimiento moral del individuo y de las grandes explicaciones del mundo y de la vida incia en abstracto el conocimiento de la humanidad que viene a ser interrumpido

en la época moderna con los grandes descubrimientos de la mecánica aplicada que apresuraron la marcha del progreso de los pueblos. Finalmente la crisis de la primera guerra y la angustia del clima bélico que vivimos han hecho la indisoluble liga de la Universidad y de la Sociedad.

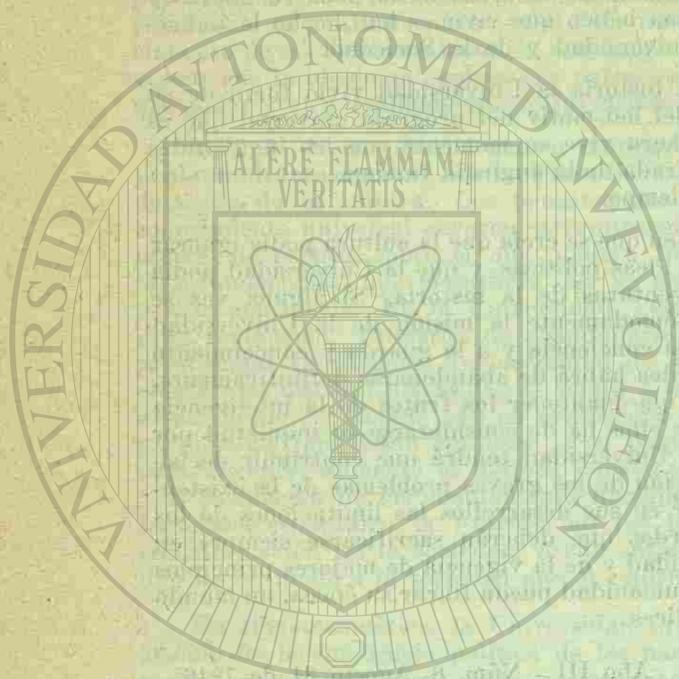
Si antes, en la historia la Universidad vivió fuera de su tiempo y alejada del leit-motiv del progreso universal que es la vida humana, ahora vive su momento con las inquietudes humanas, compenetrada de la angustia fundamental de la vida social de nuestro tiempo.

Pasó el tiempo en que se creía que la cultura podía ignorar el desarrollo de las ideas políticas, y que la Universidad podía sustraerse a las aventuras de la historia. Si alguna vez se pensó en limitar cómodamente la misión de la Universidad a la formación de la conciencia y a la guarda y conocimiento de la cultura, esta idea habrá de abandonarse definitivamente. Si la cultura tiene que mantener los frutos de la inteligencia del hombre, y entre ellos ha de considerarse su inquietud por una vida mejor, la Universidad tendrá que contribuir decisivamente en la solución de los graves problemas de la existencia social y superar en sus desarrollos las limitaciones de los nacionalismos absurdos que deberán sacrificarse siempre en aras de la universalidad y de la vigencia de mejores principios sobre los cuales la humanidad pueda fincar su época, un mundo y una vida más felices.

Año III - Núm. 8, Agosto 31 de 1946

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

ALDE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

JUSTO SIERRA Y EL PENSAMIENTO MEXICANO

POCOS hombres conocen la historia de la inteligencia mexicana cuyo pensamiento sea de las proporciones del de Don Justo Sierra. La universalidad de su inquietud intelectual alcanza, como muy pocas, un horizonte al que no escapan siquiera los espejismos que van a constituir el México posterior a su tiempo.

Se dice que es humanista aquél al que ninguna de las inquietudes del hombre es extraña; y para el que cualquiera perspectiva de desarrollo humano debe ser acogida con amor y con fe. Los humanistas fueron, en principio, aquellos hombres que al borde del Renacimiento descubrieron, con la cultura de los antiguos greco-latinos, la libertad del hombre para su total desarrollo hasta una meta diferible eternamente en la historia, porque el hombre es el único responsable de su propio destino: y con este descubrimiento, encontraron, en el hombre mismo y en su desenvolvimiento integral, el máximo sentido de la cultura.

Desde este encuentro del hombre con el hombre, el humanismo representa un largo martirologio cuyos momentos más lúcidos son el Enciclopedismo, la Ilustración y otras culminaciones del espíritu que reiteran siempre la fe en el hombre y en sus posibilidades. Por eso, después del principio, los humanistas fueron quienes siempre buscaron, en cualquiera de los planos, aun en el de la convivencia social, la mayor posibilidad de salvación para el hombre. Al amor por la cultura, como residuo de la inteligencia activa de la humanidad, del primer humanismo, se agregó el amor al hombre, como autor de una obra de la que él mismo es culminación. Un hombre que resumía estas dos categorías del humanismo fué don Justo Sierra.

No es exagerado decir de él, que vivía en el entusiasmo de las cosas humanas. Por él se hizo educador y llegó a ser, en el ejercicio de un magisterio genial, que excedía a la cátedra, el hombre que vibraba en el pensamiento joven de toda la América próxima a 1910.

Como los auténticos maestros, Justo Sierra comprendió que era necesario el estudio de la experiencia total de la humanidad para el conocimiento de los hechos y de los hombres. Supo, puesto ya en este camino, que los valores que determinan este conocimiento son inmutables cuando señalan acontecimientos y son variables cuando estos acontecimientos son a su vez determinados por la conciencia de los hombres. La Filosofía de la Historia ha declarado ya que aun los hechos históricos obedecen a una regularidad condicionada por la temperatura de las inquietudes humanas. En esta virtud, los valores varían según la idea del mundo que determina la conciencia social de una época. Así, lo que en un tiempo determinado es bueno y justo, deja de serlo si en el concepto de la ideología social es otra aspiración lo que dá contenido al valor. Este cambio esencial en el contenido del valor influye de tal modo en su apreciación que le hace variar de lugar en la jerarquía de las consideraciones humanas. Así, hubo épocas en que la virtud fundamental era el bien, hubo otras en que se estimó la belleza y la sensualidad y otras en que la justicia social determinó las acciones de los hombres y de los pueblos. El aprendizaje de esta relatividad de las jerarquías conduce a la idea de que los valores no pueden entenderse en una pureza abstracta, y que deben siempre referirse unos a otros hasta lograr unidades de conciencia. Estilan muchos filósofos, en sus explicaciones, decir que no importa que lo bello sea útil si es realmente bello, o que lo bueno sea justo, si es bueno; dan con esto a entender que el valor es valioso por sí mismo. La historia, maestra de la vida desde los tiempos de Cicerón, demuestra que lo que hace valioso un determinado valor, es la unidad de conciencia que proporciona un todo armónico en el cual las partes pueden destacarse sólo en función del todo sin el cual no es posible concebirlas, y este todo es el hombre, la residencia del valor, la razón de ser el valor, el ser único en función del cual el valor es valioso. Armado de estas reflexiones, Justo Sierra explicó la Historia Universal y escribió la historia mexicana como auténticas lecciones del hombre para el hombre. Hizo sentir que lo fundamental era la inteligencia humana, gestadora de todos los acontecimientos históricos y responsable de los mismos, por eso en Justo Sierra la Historia era el estudio de la experiencia de la humanidad que él completaba con el doble análisis del marco de

los acontecimientos y de la época que vivía el mundo cuando él ejercía su cátedra; por eso vivió con toda la plenitud de su humanidad el momento político del México de sus días, y como tuvo, como todo maestro, la virtud de la serenidad, al juzgar a su patria escribió una historia que al decir de Alfonso Reyes, no se dolía ni del resquemor para los vencidos, ni de la vanidad de los vencedores. Nadie mejor que él, que vivió todas las inquietudes del espíritu y ensayó todos los caminos de la verdad, desde el de la ciencia hasta el de la poesía, para explicar a los mexicanos el sentido de la vida de los hombres.

Un hombre que llega a estas alturas, irrumpe en la Filosofía como conquistador. Justo Sierra no fué un ejercitante asiduo de las inquietudes generales del hombre, pero, en su humanismo, penetró en las disquisiciones del pensamiento filosófico en busca de esa explicación que responde con la voz de Edipo a todas las preguntas. Así el maestro se internó en el mar proceloso de la Filosofía siguiendo el camino de la historia. Conocedor del mundo de los griegos revivió en su espíritu las inquietudes de Parmenides, de Sócrates, de Platón. Así desubrió los dos Aristóteles, el de la escolástica y el auténtico, y siguiendo el camino de las peripecias del pensamiento, atraviesa edades e ideas y reflexiona sobre las modernas inquietudes del pensamiento que se siente obligado a inyectar en el esclerosado ambiente del positivismo mexicano, convertido en instituciones corrompidas, en pensadores egoístas y en ciencia equivocada, por haberse pasado de su tiempo.

La angustia de Justo Sierra, se veía ya, por los años próximos al Centenario de la Independencia Mexicana, a punto de encontrar camino. Las letras buscaban desahogo en la independencia de toda paternidad, apoyándose en la inspiración francesa que cautivaba al decadente refinamiento porfirista. Al amparo de un entonces extraordinario joven: Antonio Caso, reuníanse en modesto cenáculo: Alfonso Reyes, Pedro y Max Henríquez Ureña, José Vasconcelos y tantos otros, a pensar o repensar, mejor dicho, el pensamiento de la humanidad, a informarse, por debajo de las formas convencionales y el recato silencioso que no había de mover del mundo espiritual de aquellos días. Qué gozo debe haber sentido entonces aquel atleta del pensamiento mexicano, qué temblor debe haber recorrido emocionado su cuerpo al ver en el mortero del pensamiento nacional la materia de su gran obra. Justo Sierra, sin embargo, se mantuvo apartado del grupo, él vivía ya la soledad que presagiaba su gran obra.

En 1905 llega el maestro al Ministerio de Instrucción Pública. Encuentra el panorama cultural de México destrozado en experiencias y en el anquilosamiento de las viejas formas pedagógicas. Reorganiza la instrucción primaria, impulsa la educación de los maestros, y al cabo de poco tiempo, Miguel F. Martínez, Enrique Robsamén, Leopoldo Kiel y más tarde Pablo Livas, maestros de banco de distintos rumbos de la República, distinguidos a cual más polemizan sobre las reformas a la educación mexicana, bajo el patrocinio de un Justo Sierra cuyo nombre ya excedía fronteras y océanos. Fue uno de los más grandes educadores mexicanos, si no el mayor.

La soledad, decíamos, rodeaba ya al maestro. Soledad de aquél que viendo más que los demás los excede, del que comprende demasiado, del que se adelanta a su tiempo, de la inteligencia extraordinaria. En ella concibió el proyecto máximo: dar vida a aquel viejo instrumento olvidado del régimen, fragmentado y mediatizado en prácticas rutinarias que olvidan los progresos de la técnica y la inteligencia; la Universidad de México. Así, y aprovechando las conmemoraciones del centenario, un día de gloria, y apadrinada por eminentes y vetustas instituciones, vuelve a la vida, con un mejor sentido, aquella vieja e inútil Real y Pontificia Universidad. En el discurso inaugural, Justo Sierra clausura definitivamente una época de la educación mexicana y se adelanta, casi en minutos, a la aspiración, vertida ya de muchos modos en el país, a un ambiente mejor. Ese era el fin de su obra de educador: la restauración de la casa del pensamiento y la institución en ella de la Filosofía que tras el traspies del siglo XIX, volvía a instaurar la fe en el hombre y en la búsqueda de la verdad.

Dicen muchos que Justo Sierra terminó por ser un escéptico; en realidad no lo fué. Fue aquella soledad de su inteligencia magna, la que le hizo aparecer así, después de entender y vivir un poco todos los caminos del pensamiento. Fue que disolvió en el amor de su obra, que ya caminaba sola, todo el amor que un hombre tiene para dar a las cosas humanas, fue que ya les iba tocando hablar a otros que habían, de alguna manera, vivido a su amparo. Justo Sierra fué una estrella indispensable en el horizonte del pensamiento de América, todos los mexicanos le debemos, aunque sea remotamente, un poco, por eso, como dice Alfonso Reyes, todos los mexicanos aman y veneran a don Justo Sierra.

Año V - Núm. 1, Enero 31 de 1948

LA CRITICA DE LA REVOLUCION MEXICANA

UNA nueva inquietud hacia los grandes problemas nacionales que late en la conciencia de los mexicanos desde hace algún tiempo apremiándoles a adoptar una actitud crítica hacia la última y más importante etapa del desarrollo histórico de México, la Revolución Mexicana, ha hecho que los hombres de las más diversas edades y tendencias se reúnan a considerar las realizaciones del movimiento social que aún nos envuelve y a buscar, con gran fe en el porvenir, nuevos cauces al progreso del pueblo mexicano.

Los universitarios primero y luego los intelectuales, se han constituido ya en revisores de la doctrina política de la Revolución, no por considerar que ésta haya cumplido sus objetivos, o haya fracasado, sino porque han encontrado en la trayectoria social del país la necesidad de uniformar la actitud que ésta ha de adoptar hacia el nuevo panorama internacional surgido de la terminación de la guerra, las influencias de éste en la corriente progresista mexicana y la trayectoria que con estos motivos ha de seguir la Revolución en el próximo momento. Esta consideración de los problemas nacionales no es original de nuestro país. Todos los pueblos de la tierra viven esta crisis política de la que ha de resultar una estructuración mejor del mundo que todos ansiamos y un reflorecimiento de los valores humanos que el desencadenamiento de la bestialidad imperialista en la más tremenda de sus formas ha puesto en crisis.

Contra el pesimismo conservador que piensa que este juicio sobre la revolución es prematuro, es necesario pensar que el tiempo no se detiene y que si hoy los mexicanos se deciden a intentarlo es porque la urgencia de nuevos problemas y de

una vida más acorde con las circunstancias nuevas, obliga a apresurarnos para no ser barridos por las circunstancias que están ya encima de nosotros y a las que es necesario hacer frente para poder ser los autores de nuestro propio porvenir.

Esta actitud crítica hacia nuestros propios actos impone un valor a toda prueba para reconocer que en los mejores de sus aspectos la Revolución se ha hecho muchas veces a pesar de los revolucionarios. Esto que parece paradójico, tiene su justa explicación en el hecho de que la Revolución rebasó las previsiones de los autores de su doctrina y de sus realizadores por haber tenido su origen en los más remotos períodos de nuestra historia y por la heterogeneidad de los factores sociales que en ella intervinieron. Ellos son el motivo de la marcha actual de la Revolución.

Mucho se ha dicho del agrarismo y de la legislación del trabajo, pero mucho más puede decirse aún si se piensa que aun el programa mínimo del Partido Liberal elaborado en 1906 no se cumple todavía, y que el proceso de su realización ha de verse complicado con las nuevas circunstancias que la época nos obliga a vivir. Ciertamente es que el programa de la Revolución se ha ido improvisando porque no ha habido tiempo de hacerlo de una vez y porque, consideradas revolucionarias las aspiraciones populares de justicia social, que surgen merced a nuevas circunstancias, ha sido necesario incorporarlas en el ideario del movimiento progresista mexicano.

La guerra ha proporcionado, a la vez que una especie de tregua en la lucha popular, un motivo más para ampliar los horizontes de las aspiraciones sociales de los mexicanos; pero es tal el caudal que la liberación del fascismo proporciona, que es menester meditar, sin abandonar la lucha, en una actitud única que ante los acontecimientos presente y futuros los mexicanos podamos asumir una ideología acorde a la vez con nuestra calidad de mexicanos y con esa calidad de hombres que aspiran a hacer del mundo una morada mejor, en donde el hombre pueda desarrollar libre de temores y del peligro del hombre los mejores atributos de su personalidad.

La crítica de los hechos sociales lleva siempre consigo el propósito de superar el momento que se vive, sea porque nuevas circunstancias hagan esto necesario, o porque las posibilidades humanas facilitan una oportunidad para dar un paso adelante en la vida de los pueblos. Lo primero es la urgencia de la vida y lo segundo es la abundancia de la misma. En nuestro país, en donde todas las cosas toman ese giro paradójico, característico de su manera de ser, suceden las dos

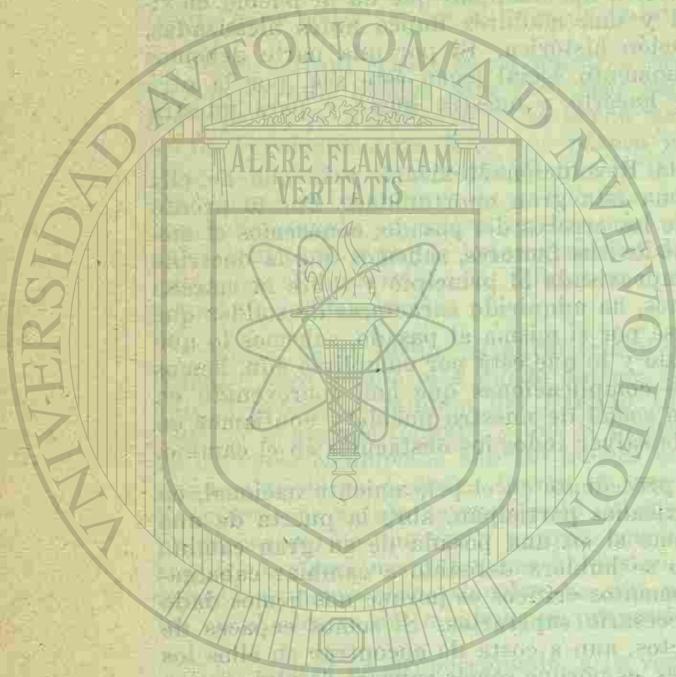
cosas: por una parte la circunstancia histórica nos obliga a vivir y por otra vivimos un momento especial de integración y realización de nuestra nacionalidad que da al pueblo mexicano una vitalidad y una madurez nunca antes alcanzadas, dentro de su evolución histórica. Si por una parte debemos vivir el próximo momento social como éste sea, por la otra queremos vivirlo y hacerlo a nuestro gusto y para nuestra satisfacción.

La crítica de la Revolución Mexicana y lo que de ella salga nos proporciona esta gran oportunidad. Por lo pronto estaremos a salvo de los errores del pasado, conocemos el movimiento social en todos sus factores, sabemos que la doctrina de la Revolución, improvisada al principio y sobre la marcha de los acontecimientos, ha adquirido caracteres de solidez que la hacen sobreponerse por sí misma al pasado, sabemos lo que de ella se ha cumplido y lo que está por cumplirse aún, hemos logrado explicar las complicaciones que han sobrevenido en ella por la evolución social de nuestro pueblo y confiamos en que somos capaces de salvar todos los obstáculos en el camino.

Este suceso sin precedente en el pensamiento nacional, en el que todos los mexicanos participan, abre la puerta de una nueva época. Es como si en una posada de su gran camino el pueblo de México se hubiera detenido a cambiar cabalgadura. Si vivimos momentos críticos es porque nos hemos dado cuenta de que es necesario superarlos. Si somos capaces de enjuiciar nuestros actos, aun a costa de encontrar en ellos los errores más criticables, es porque somos capaces de vivir mejor y porque estamos en posibilidad de participar en la hechura de nuestro propio destino.

Superada toda actitud dogmática y reconociendo que si el hombre está en el camino de la vida es para vivir, surge por sobre cualquier fe, la fe en el hombre. Este es el momento que vive el pueblo mexicano de frente al porvenir.

Año II - Núm. 11, Noviembre 30 de 1945



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

DISCURSO EN EL SEGUNDO ANIVERSARIO DE LA MUERTE
DE ANGEL MARTINEZ VILLARREAL

V OY a tratar de hablar de Angel Martínez Villarreal, un hombre que en vida fué muchas cosas: Un Universitario, el más distinguido que ha producido la Universidad de Nuevo León; un médico eminente y, sobre todo, un hombre de su tiempo. Los hombres como él es difícil definirlos y lo mejor que podemos hacer para lograr dar una idea de ellos es, a veces, decir sólo su nombre. Angel Martínez Villarreal fué eso: Angel Martínez Villarreal.

El estudio de los hechos sociales y de la historia como conocimiento de la experiencia de la humanidad tendría que concluir, al referirse a la influencia de los hombres en las transformaciones de la sociedad, con un juicio como éste: el hombre vale en la Historia cuando su acción o su pensamiento deciden la conducta de sus contemporáneos. La personalidad, desde este punto de vista, no viene a ser otra cosa que la medida en que la acción y el pensamiento del hombre influyen en los acontecimientos sociales. Sólo los hombres que son capaces de esto tienen el derecho a la Historia como inventario positivo del progreso humano.

Los héroes no son otra cosa que los convencidos de que la vida tiene sentido solamente en relación con lo que ella significa para la sociedad en que viven. Si no es verdad absoluta que, como dicen algunos pensadores, la historia de la humanidad se encuentra en la vida de los hombres ilustres, sí lo es a veces, cuando el hombre no tiene otra preocupación que la sociedad en que vive, y cuando su manera de vivir importa a los demás. Pues bien, todas estas cualidades del

hombre de la Historia las poseyó Angel Martínez Villarreal. Su vida es el único ejemplo de que se dispone lo que debe ser un hombre de esta especie.

En el sentido filosófico habría que agregar al héroe otra cualidad necesaria: El hombre vale en la Historia por el valor que su memoria tenga para la sociedad en que vivió. Sabemos de Sócrates por la memoria de sus discípulos; sabemos de Angel Martínez Villarreal por la responsabilidad que nos dejó y por el ejemplo que su vida significa para los que, sedientos de Justicia Social, se sienten deudores de su pueblo.

Pero hay más: Nada valdría la vida positiva de un hombre si no dejase vivos, en la sociedad, su obra y su pensamiento. Perdería su sentido toda entrega, por generosa que fuera, si no lograra un fruto. La entrega de Angel Martínez Villarreal a su tiempo está fructificando. El fué el organizador y el maestro de varias generaciones. Su escuela fué más fecunda porque no fué ejercida exclusivamente en las aulas; su fruto tiene mayores posibilidades porque aquél que lo quiso escuchó su palabra y participó en su obra.

Lo difícil del retrato de los hombres cuya vida da sentido a una época, consiste en que, aun estudiando la fisiología del héroe, no es posible desentrañar totalmente el significado que para él tuvieron su pensamiento y su acción. Nunca el lenguaje es más inútil que cuando pretende servir para un retrato. Sólo en los poetas es dada la facultad, si no de decir, sí de hacer sentir lo que una cosa tan grande, como la vida, el pensamiento y la obra de Angel Martínez Villarreal significan. Y el poeta vendrá un día. Mantengamos nosotros mientras tanto la herencia del maestro, y asumamos la responsabilidad que ella pone sobre nosotros.

Inútilmente he tratado de decir quien fué, y que es, Angel Martínez. Conocemos su vida y su obra, pero su personalidad es más que eso. A los hombres así, sólo se les conoce en la medida en que se participa de su obra, y a los que pensamos como él nos falta mucho por hacer.

Los universitarios de Nuevo León tenemos una deuda para con él que pagaremos sólo cuando hagamos de la Universidad aquella casa que mantiene el espíritu del pueblo el deseo constante de realizar su destino. Tal es la tarea que nos dejó el maestro.

Hoy, en el segundo aniversario de su muerte, invoquémosle con las palabras de Jesús: hombre, hombre, hombre eso fué en el absoluto sentido de la palabra Angel Martínez Villarreal.

Año IV - Núm. 4, Abril 30 de 1947

Gerardo Cuéllar / EDMUNDO DEBIERA ESTAR AQUI,
RESPIRANDO...

AQUEL verano pensé que los melones eran más jugosos, más aromáticos y más sabrosos. Una chiquilla entró de prisa y pidió la mitad de un melón con nieve de vainilla. El hombre de la barra partió el melón y todos pudimos olerlo. Y cuando la muchachita salió, todos estábamos comiendo lo mismo. Así se puso de moda, creo, el melón con nieve de vainilla.

Es una cosa maravillosa estar en el mundo, sin pensar que algo, en alguna parte de nosotros, ha comenzado a pudrirse. Y aun pensándolo, es maravilloso estar aquí, respirando. No sabría decir si es más grato el sabor de un melón, que el recuerdo que me trae de épocas idas. Eran buenos aquellos tiempos, mas los actuales no lo son menos. No estamos ya todos y eso es triste; pero la tristeza y la alegría, la maldad y la bondad, la ingratitud y cien, mil, cien mil o un millón de cosas más, son las que hacen a este mundo maravilloso. Yo estoy muy contento porque todavía respiro en el mundo y porque puedo estar triste cuando recuerdo a los que dejaron de hacerlo.

Mi amigo Edmundo murió antes, años antes de su muerte definitiva. Yo creo que lo conocí ya muerto. Y creo que siguió naciendo y muriendo junto con nosotros, igual que nosotros, en cada sístole y en cada diástole, hasta que hubo un instante en que no pudo nacer ya más, fue hasta entonces que lo perdimos.

Recuerdo que caminábamos mucho. Una noche nos detuvimos en una esquina y él me dijo:

—Estas tres cuabras que siguen, son las más feas que tiene Monterrey. Si rodeamos por la otra calle, te digo el "Prometeo Sifilítico".

Y lo dijo. Así conocí los primeros versos de Renato Ledue. También le escuché silbar una sinfonía y declamar el mejor de sus sonetos que cada vez era uno distinto. Los escribía en la mesa 19 del Café "La Superior", en servilletas que luego rompía en mil pedazos. Creo que todos sus sonetos se fueron con él. Tal vez los recuerden las calles que muchas veces los oyeron. Yo no los recuerdo.

En ese tiempo me hubiera hecho comunista, si a Samuéllo no le hubieran apestado los pies; si no hubiera visto a Rosita haciendo del excusado en aquella letrina y, sobre todo, si no hubiera conocido a Edmundo. Era una cosa desesperante. Era el tiempo en que la astilla comenzaba a entrar en la carne.

Sin embargo todo se fue haciendo más claro. Aquella noche Edmundo habló mucho y nosotros callamos. Yo le entendí todo, cuando él habló de todo y esa noche me convencí de que estaba muerto. Pero tuve miedo de decírselo a alguien. Desde entonces él fue el guía.

Es una cosa que sucede en menos tiempo del que se emplea para pensar que va a ocurrir. Todo pasa apenas un instante antes de la muerte definitiva. El hombre se va hasta el principio de la vida y comienza a ser su manifestación primaria, para terminar siendo el hombre. Es como una cascada que tiene fin y el fin es aquella muerte. Por eso tenía razón aquel hombre que dijo antes de morir: "ahora voy a saberlo todo". Porque lo supo todo, antes de convertirse en nada. El error de él fue pensar que lo sabría después de muerto.

Pero eso no tiene nada de notable, porque nos ocurrirá a todos. Sin embargo hay hombres a los que los asalta la muerte y ello puede ocurrir en cualquier pueblo. Hombres que en ese instante comienzan a ser células, son protozoarios luego, son batracios después y finalmente siguen siendo hombres. Vuelven a nacer en ese instante y luego siguen muriendo y naciendo, cuando ya lo han sido y lo han sabido todo. Esto debe haberle pasado a Edmundo, años antes de que yo lo conociera, en cualquier lugar.

Una vez llegó un hombre peludo de las cejas, de tez blanca, bigote menos peludo que las cejas, que caminaba con el estómago echado hacia adelante y los hombros hacia atrás.

Su ropa indicaba que venía de algún lugar donde hacía frío y Edmundo me dijo:

—Sabes quién es ese hombre?

—No sé -le dije.

—Es mi hermano José -me contestó-. El no es abogado, ni juez, ni maestro universitario, pero es mejor que yo. Un día me voy a ir a México como él.

—¿Pues qué quieres ser tú? -le pregunté.

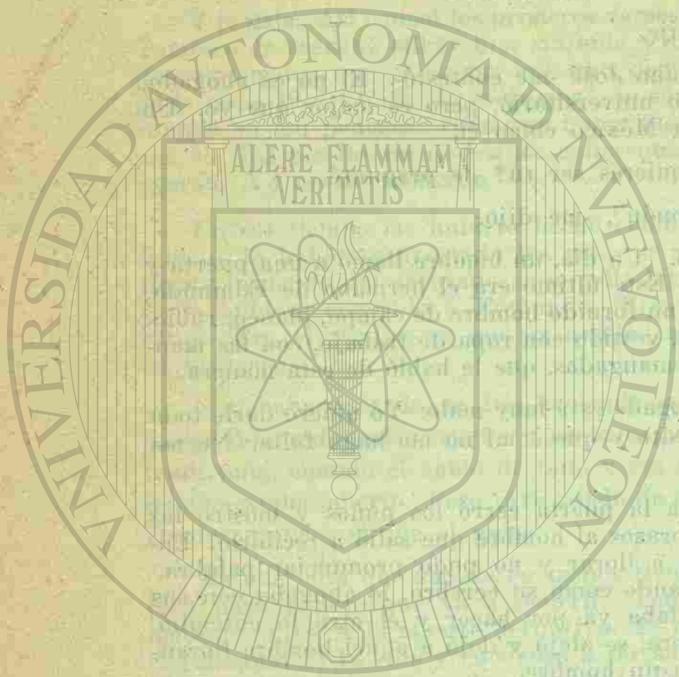
—Un "fregonón", -me dijo.

Pasó el tiempo. Un día, un hombre llamó a una puerta y otro hombre salió. Este último era el hermano de Edmundo, que se vio frente a un fornido hombre de campo, blanco, rubio, quemado por el sol, vestido con ropa de trabajo, con las mangas de la camisa remangadas, que le habló de esta manera:

—Sé que el abogado está muy malo. Yo quiero darle toda la sangre que necesite y que a mí no me haga falta. No me pregunte por qué.

El que llamó a la puerta cerró los puños y mostró las venas de sus antebrazos al hombre que salió a recibirlo. Entonces éste rompió a llorar y no pudo pronunciar palabra. Su corazón, tan grande como su cerebro, lo ahogaba con sus latidos. Nada quedaba ya por hacer y el otro lo entendió. Sin decir una palabra, se alejó y dejó a aquel hombre llorando como eso: como un hombre.

Yo quisiera que Edmundo hubiera estado con nosotros aquel verano en que la niña aquella pidió en el Café "La Superior" un medio melón con nieve de vainilla. Yo quisiera que Edmundo viviera todavía. Es una cosa maravillosa estar en el mundo. Es maravilloso estar aquí, respirando.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESTA EDICION CONSTA DE 300
EJEMPLARES Y SE TERMINO DE
IMPRIMIR EN EL MES DE JULIO
DE 1961, AL CUIDADO DE JUAN
ANTONIO AYALA Y ALFONSO
RANGEL GUERRA.





U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

